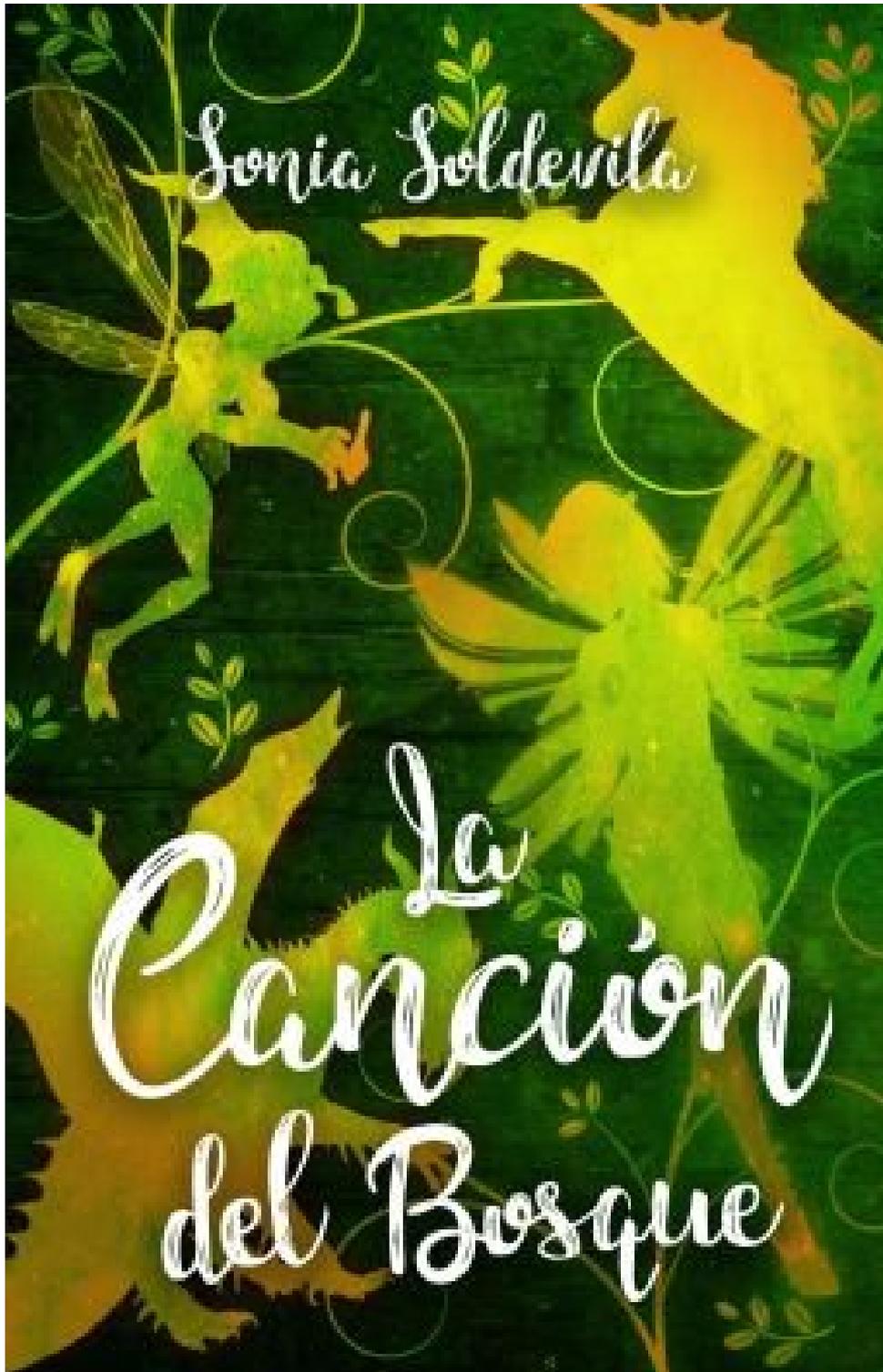


# La Canción del Bosque

Sònia S.



## Capítulo 1



### **SINOPSIS**

□□ Las antiguas leyendas que se cuentan en el Reino de Calenda sobre las criaturas mágicas están teñidas de sangre y oscuridad. Desde que la Gran Guerra entre los seres mágicos y aquellos sin don finalizó, un velo encantado separa el reino de los humanos de Enchantia, el Reino de las Hadas. A partir de aquel trágico suceso, nadie se ha atrevido a cruzar el Bosque Encantado... O eso cuentan las historias.

Zafiro Diamond nunca ha creído en los cuentos de hadas. Después de todo, su vida es monótona, rutinaria y aburrida. Además, su mala estrella siempre la acompaña metiéndola en problemas allá donde va. Pero todo cambia cuando su preciada hermana mayor, la princesa Esmeralda, cae presa de una terrible enfermedad en el día de su decimoctavo cumpleaños. La única cura posible es beber del néctar de la Flor de Edelweiss, situada más allá del Bosque.

Zafiro deberá replantearse sus creencias y los cuentos de hadas que su propia hermana le contaba siendo una niña. Acompañada de Arte, un apuesto y misterioso trovador, Zafiro se embarcará en una trepidante



## Capítulo 2



# EPÍGRAFE



### **EPÍGRAFE**

«Al segundo día atravesaron el País de los Árboles Cantores. Cada uno de los árboles tenía una forma distinta, hojas distintas, distinta corteza; pero la razón de que se llamara así esa tierra era que se podía escuchar su crecimiento como una música suave, que sonaba de cerca y de lejos y se unía para formar un potente conjunto de belleza sin igual en toda Fantasía. Se decía que no dejaba de ser peligroso caminar por aquella región, porque muchos se habían quedado encantados, olvidándose de todo».

—*La Historia Interminable*, de Michael Ende

## Capítulo 3



# PRÓLOGO

## *La Melodía del Bosque*



### **PRÓLOGO**

#### **LA MELODÍA DEL BOSQUE**

□□uenta la leyenda que hace muchos ciclos lunares, un joven príncipe se perdió en plena noche en mitad del Bosque Encantado.

El muchacho había salido a pasear por la tarde con su preciado corcel blanco, regalo de su padre por su decimosexto cumpleaños. Su caballo, de nombre Nieve, era una criatura dócil de crines doradas como los rayos del Sol y un reluciente pelaje blanco como la cal. Para el príncipe, Nieve no era simplemente un animal más de compañía, sino su compañero de aventuras y cacerías; y en más de una ocasión también había sido su confidente mudo y su amigo más leal.

Aquella tarde de finales de primavera, el joven había salido de cacería y se había entretenido persiguiendo un majestuoso ciervo dorado en las lindes del Bosque Encantado. Cuando lo perdió de vista, el galán se dio cuenta de que él mismo no sabía en qué parte del Bosque se hallaba. Perdido tal cual se encontraba, hizo numerosos intentos de buscar la

senda principal que lo sacaría del verde paraje y lo devolvería a la ciudad, mas no consiguió hallarla.

Tras la caída del crepúsculo comenzó a refrescar, y los pálidos rayos del astro lunar se filtraron a través del denso ramaje de los altos y tupidos árboles, creando así una estela plateada.

*«¡Oh, cómo desearía estar en casa, bajo el calor y la lumbre del fuego!»* se lamentaba el muchacho, rogando en su fuero interno que ninguna bestia salvaje se le apareciese, pues no le quedaban más flechas en su aljaba para defenderse.

Desde lo acontecido en la Gran Guerra, había quedado terminantemente prohibido adentrarse en el Bosque Encantado más allá de sus lindes. Éstas marcaban el límite que separaba el reino de los humanos de Enchantia, el Reino Mágico de las Hadas.

Se decía en el reino que las hadas eran seres diabólicos capaces de matar a un bebé recién nacido con su propia risa; espectros errantes sedientos de sangre y envueltos en sombras capaces de cambiar el tamaño de sus cuerpos a su antojo, que derramando unas gotas de sangre podían destruir el amor verdadero más puro y noble que hubiese existido, y que mezclando sus lágrimas con la tierra consagrada del Bosque Encantado podían provocar las peores pesadillas y hacer que nunca más volvieses a dormir.

Tal vez el príncipe no tenía que temerles a las bestias salvajes del Bosque, después de todo lo que se contaba sobre las hadas. Y ahora, él estaba en sus dominios.

*«¡Cómo desearía tener un plato de comida caliente que llevarme a la boca, y un lecho esponjoso en el que apoyar mi dolorido cuerpo!»*.

Fue en ese instante cuando el joven escuchó una suave melodía. Era dulce, tierna y hermosa; una sintonía perfecta para sus oídos. En el palacio había escuchado los bonitos cantos y poemas de las jóvenes doncellas enamoradas y los épicos cantares y recitares de los intrépidos juglares, mas ninguna canción se le asemejaba a la melodía que en aquellos momentos estaba escuchando. ¡Y la voz! Era preciosa, indescriptible. Dudaba mucho que una garganta humana pudiera emitir esa brillante armonía. Dudaba, incluso, que un oído humano la hubiese escuchado antes que él.

El apuesto muchacho siguió el sonido de la hermosa melodía y caminó bajo un cielo cuajado de estrellas donde la Luna Llena brillaba en su máximo esplendor. Sus pasos se detuvieron en cuanto llegó a un pequeño claro descubierto del vasto ramaje de los árboles. Allí, en mitad del claro y bajo los áureos rayos lunares se hallaba un gran sauce blanco, tan pálido

y brillante como la propia Luna. Su tronco, semejante al mismísimo marfil, sostenía numerosas ramas que se alargaban y enrollaban como venas en un cuerpo humano, de las cuales brotaban finas y alargadas hojas albinas que caían en cascada y se mecían delicadamente al compás de la suave brisa. Multitud de luciérnagas revoloteaban entre sus delicadas hojas, deslizándose al son de la melodía; y rodeando al majestuoso árbol desde el césped, numerosas setas multicolores creaban alrededor de él una circunferencia perfecta.

El joven príncipe estaba deslumbrado al observar tanta belleza. La gloriosa hermosura del paisaje superaba incluso la de las joyas de su propia Ciudad de Diamantes.

Y entonces la vio.

Era *ella*.

Estaba subida encima de la rama más alta del sauce, casi rozando su copa. Su delicado cuerpo, esbelto y grácil y tan blanco como la leche, se balanceaba rítmicamente de lado a lado en pos de la melodía que sus carnosos labios emitían. Un par de alas transparentes de mariposa crecía a sus espaldas; y una densa cascada de cabello rojizo semejante a rubíes ocultaba su notable desnudez; enredándose éste entre las ramas del blanco sauce y desperdigándose sobre la alfombra vegetal. Largas y perfiladas pestañas oscuras se deslizaban por sus párpados, suavemente plegados.

—Eres perfecta —pronunció por vez primera el príncipe, interrumpiendo la magia del momento, y con ella, la emotiva melodía.

La joven Ninfa plegó sus rosados labios y abrió los ojos, tan verdes como el mismísimo Bosque y tan brillantes como esmeraldas. Su mirada se posó sobre la figura del apuesto joven, examinándolo atentamente.

—Ven conmigo, mi hermosa Ninfa del Bosque. Levántate; álzate de tu cama de sauce y estrellas, y vuela. Ven conmigo, mi amada Ninfa. Ven conmigo más allá del Bosque Encantado.

Ni siquiera supo cómo o por qué había pronunciado aquellas precipitadas palabras; solo sabía que la Ninfa del Bosque debía ser suya, fuera como fuera. Mas, la joven hada solo se limitó a sacudir la cabeza tres veces, volvió a cerrar los ojos y reanudó su mágico canto. En esta ocasión, le pareció escuchar al príncipe otra entonación, que iba especialmente dirigida hacia él:

*—¡Oh, luz de Luna! Mírame ahora. ¡Oh, rayos de Sol! Mírame bien. No puedo dejar este lugar. ¡Oh, brillo de estrellas! Escúchame ahora. ¡Oh, risa del Bosque! Escúchame bien. No puedo abandonar mi hogar. No me*

*pidas que te siga más allá. Ni ahora, ni pronto, ni nunca.*

La hermosa Ninfa retomó su anterior canción, ignorando al muchacho. Alicaído, el galán montó en su corcel y las luciérnagas que revoloteaban alegres alrededor del sauce le marcaron el camino de regreso al reino de los humanos.

El príncipe regresó al Palacio Real, mas su corazón y sus pensamientos se encontraban muy lejos de allí: en el Bosque Encantado. Por más que quisiera dejar de pensar en ella, no podía quitarse de la cabeza la hermosura de la Ninfa ni su preciosa melodía. Tanto fue así, que en un arranque de locura y deseo regresó al Bosque a la noche siguiente.

Esta vez no se perdió, y fue la propia Luna Llena y la luz brillante de las estrellas las que lo guiaron a través de la senda vegetal. El príncipe iba envuelto en una bonita capa verde que ondeaba en su espalda, tan fulgurante como los ojos de su adorada Ninfa del Bosque. En su mano sostenía una pequeña ofrenda para ella: una delicada flor compuesta por los diamantes más preciosos del reino.

En su ciudad se decía que las hadas odiaban las joyas y que detestaban todo lo material, pero el joven intuía que su Ninfa no se enojaría con él por regalarle aquella flor; tan bondadosa y gentil como parecía ser.

Cuando llegó al claro, de nuevo la vio subida encima de la copa más alta del sauce, con los ojos cerrados, el cabello rojo como el fuego ocultando su descarada desnudez, balanceándose y rodeada de luciérnagas mientras entonaba su dulce melodía de ensueño.

—Cásate conmigo —exclamó el príncipe sin pensar siquiera en sus palabras. Solo era consciente de que aquella hermosa hada del Bosque debía unirse en matrimonio con él; pasar el resto de su vida junto a ella.

La Ninfa cesó su canto, abrió lentamente los ojos y posó su reluciente mirada esmeralda en él, escudriñándolo de nuevo con latente curiosidad.

—Ven conmigo, mi hermosa Ninfa del Bosque. Levántate; álzate de tu cama de sauce y estrellas, y vuela. Ven conmigo, mi amada Ninfa. Ven conmigo más allá del Bosque Encantado.

El joven se arrodilló ante el sauce y alargó su brazo, extendiendo ante ella su ofrenda de amor puro, noble y verdadero: la flor elaborada con los diamantes más finos y delicados de su ciudad. A la luz de las luciérnagas, el diamante transparente cobró un cálido tono dorado, producto de la iluminación de aquellas increíbles criaturas.

*—¡Oh, luz de Luna! Mírame ahora. ¡Oh, rayos de Sol! Mírame bien. No puedo dejar este lugar. ¡Oh, brillo de estrellas! Escúchame ahora. ¡Oh,*

*risa del Bosque! Escúchame bien. No puedo abandonar mi hogar. No me pidas que te siga más allá. Ni ahora, ni pronto, ni nunca.*

La sentencia del hada fue clara y directa. De nuevo, la bella Ninfa cerró los ojos, y sin recoger su bonito presente ni prestar más atención al príncipe, retomó su hermosa melodía.

El apuesto muchacho se sentía deprimido. Cabizbajo, montó en su caballo, agarró las riendas del mismo y regresó al castillo. Aquella hada era tan obstinada que se le había vuelto a resistir otra vez. Mas, se prometió, que esa sería la última vez que la Ninfa del Bosque rechazaría su oferta.

A la noche siguiente regresó por tercera vez al Bosque Encantado. Escabullirse del Palacio Real se le antojaba cada vez más difícil, pues tenía que inventar excusas para poder salir a esas altas horas de la noche o tratar de escaparse sin ser descubierto. Aquella noche en particular, todo el reino se había reunido en el Palacio Real para celebrar su decimoctavo cumpleaños, así que aprovechándose de la caótica situación, el príncipe informó de que se sentía indispuesto y que iba a descansar a su habitación; no obstante, fue al Bosque donde se dirigió. Además, presentía que esa sería la última vez que ingresaría en el Bosque; para bien o para mal, por las buenas o por las malas, su Ninfa se iría con él.

Cuando llegó al Bosque Encantado, el joven desmontó de su montura y se plantó a los pies del sauce. Sostenía un hacha entre las manos, cuyo filo de metal brillaba ante el reflejo de la Luna Llena. Una vez más, quedó embelesado ante el canto de la preciosa Ninfa, que como de costumbre, se hallaba subida encima de la rama más alta del sauce blanco.

—Te lo ruego por última vez; te lo imploró con todo el amor y deseo de mi corazón: ven conmigo, mi hermosa Ninfa del Bosque. Levántate; álzate de tu cama de sauce y estrellas, y vuela. Ven conmigo, mi amada Ninfa. Ven conmigo más allá del Bosque Encantado. Cásate conmigo, entrégate a mí, dame tu corazón, tu cuerpo y tu alma; accede a ser mía. Yo seré tu rey y tú serás mi reina. Juntos engendraremos hijos, juntos viviremos y nos amaremos hasta el fin de nuestros días, cuando nuestros corazones dejen de latir. E incluso tras la muerte, unidos estaremos.

La Ninfa cesó su cantó por tercera vez, interrumpida por las inesperadas palabras del príncipe. Abrió sus fosforescentes ojos de esmeraldas y los fijó en la varonil silueta del galante muchacho.

*—¡Oh, luz de Luna! Mírame ahora. ¡Oh, rayos de Sol! Mírame bien. No puedo dejar este lugar. ¡Oh, brillo de estrellas! Escúchame ahora. ¡Oh, risa del Bosque! Escúchame bien. No puedo abandonar mi hogar. No me pidas que te siga más allá. Ni ahora, ni pronto, ni nunca.*

Volvió a entonar de manera armoniosa. Su curiosidad ante la insistencia de aquel desconocido que la visitaba desde hacía dos noches no hacía más que aumentar; sin embargo, no se esperaba lo que a continuación sucedería. Pues el príncipe se limitó a murmurar unas disculpas y acto seguido, empuñó el hacha y descargó toda su rabia contra el sauce.

La Ninfa gritó, aterrorizada. Su sauce, su hogar se tambaleaba a cada momento que pasaba, hachazo tras hachazo. Las luciérnagas se desperdigaron por el Bosque, huyendo espantadas del claro. Finalmente, la bella hada tuvo que saltar del propio árbol y aterrizó de rodillas sobre el manto vegetal cubierto de las setas multicolores que rodeaban al sauce.

El príncipe se sentía desolado, pues no le gustaba escuchar los gritos y lamentos de su preciada Ninfa; no había nada de armónico ni melodioso en ellos. Tampoco le agradaba el sufrimiento que le estaba propinando, pero era necesario destruir su prisión vegetal para que pudieran estar juntos por siempre jamás.

Al fin el sauce se derrumbó, cayendo con gran estrepito hacia un lado. Cuando sus hojas albinas y su tronco de marfil tocaron tierra, el níveo árbol se tornó tan negro como la noche más oscura sin Luna ni estrellas.

La Ninfa todavía seguía sollozando a los pies de su sauce. Con sus delicadas manos se cubría el bello rostro, mientras derramaba lágrimas de sal que empapaban la tierra. El muchacho, sin mucha delicadeza, la agarró del brazo y tiró de él hasta levantarla del suelo y ponerla de pie. Luego, la tomó del mentón y cuidadosamente le limpió las lágrimas de los ojos.

—Ahora por fin podremos estar juntos.

Y todavía con sus manos entrelazadas, el joven príncipe empezó a tironear de ella y arrastrarla para sacarla del Bosque Encantado. El rostro del galante muchacho resplandecía con una gran sonrisa, ya que había conseguido con éxito aquello que tanto ansiaba: su hada del Bosque. ¡Al fin podrían estar juntos, y no dejaría que nunca nadie le arrebatara aquella doncella de piel de cristal que tanto le había costado obtener, y cuya melodía añoraba volver a escuchar!

Sin embargo, lo peor estaba por ocurrir. Nada más salir del círculo de setas multicolores, la hermosa fémina comenzó a convulsionar desesperadamente. Sus espasmos se acentuaron y tuvo que soltar la mano del príncipe para encogerse y, posteriormente, caer al suelo de rodillas.

—¡Mi amada! Mi adorada Ninfa, ¿qué te ocurre? —preguntó el príncipe,

angustiado.

Mas, no obtuvo respuesta alguna, puesto que de repente un intenso haz de luz dorado tan cegador como los rayos del Sol envolvió la silueta de la Ninfa del Bosque Encantado. El muchacho se cubrió los ojos con las palmas de las manos, mientras que con notorio asombro era consciente de que la figura de su preciada hada se encorvaba y achicaba, convirtiéndose en una linda flor de brillantes pétalos níveos, tan blancos como su sauce.

Ese era el precio que las hadas pagaban al intentar abandonar su hogar, el Bosque Encantado. Y la Guardiana del Sauce Blanco, Edelweiss, no iba a ser la excepción.

Aquella noche, el joven príncipe regresó al Palacio Real y nunca más volvió a internarse en el Bosque. Cuenta también la leyenda, que el apuesto heredero al trono comenzó a enloquecer tras ese suceso, que incontables incontables pesadillas lo acechaban por las noches arrancándole gritos del más puro terror.

Y que nunca pudo olvidar la Canción del Bosque.



**(\*) Nota de autora: Me encantaría que escuchaseis la canción colgada en el apartado multimedia que hay en la descripción de la historia. Se titula *The Willow Maid*, compuesta e interpretada por Erutan. Es complementaria al prólogo, pues como podréis apreciar, se narra la misma historia. Además, adoro la calidad musical y vocal de Erutan.**

**Por otro lado, arriba os dejo una imagen de mi preciada Ninfa del Bosque, Edelweiss. Al menos, es así como yo más o menos me la imagino. Desconozco quién es el autor o autora de este increíble dibujo, pero es maravilloso.**

JUSTADO EL CAPÍTULO VOTA, C  
Y COMPARTE

*¡Gracias por leer!*



## Capítulo 4



# CAPÍTULO 1

## Buena Estrella



### **CAPÍTULO 1**

#### **BUENA ESTRELLA**

—□□odas las noches tengo el mismo sueño. En ese sueño vuelo por el cielo; alargo el brazo y toco las nubes hasta que me recorre un cosquilleo por los dedos y se extiende por todo mi brazo. Entonces, rio. Hago piruetas en el aire, me dejo llevar por la brisa y las suaves corrientes de viento, y me guio gracias a la luz de las estrellas. La Luna Llena resplandece en mitad del firmamento y noto que estirando un brazo la puedo tocar. Por el día la luz del Sol no me hace daño, no ciega mis ojos ni irrita mi delicada piel. Sus rayos me bañan hasta tornarme dorada, me llenan de calor y vitalidad, y resplandezco allá arriba. Y tengo alas. Un par de enormes alas transparentes cubren mi espalda, se agitan y me impulsan para volar. ¡Son tan rápidas...! Más veloces que mi vista. Ahora que lo pienso, tienen cierto parecido a las alas de las libélulas, pero son más grandes.

La niña tomó una pausa para respirar y acto seguido retomó su monólogo.

—En el sueño no quería aterrizar. Sobrevolaba ciudades, bosques, océanos y hasta desiertos, pero nunca aterrizaba. Ni lo deseaba. En el cielo...; volando me sentía libre, e incluso poderosa. Me sentía... *yo misma*.

Zafiro apoyó la espalda contra la pared, rodeó sus piernas encogidas con los brazos y se meció de lado a lado en esa postura. Su última frase, pronunciada con melancolía, le había dado mucho que pensar pues no sabía cómo era sentirse una misma. Ni siquiera sabía si alguna vez se había sentido así de bien, como en su sueño. Habitualmente solía sentirse fuera de lugar, como pez fuera del agua. Y no era para menos; en la Corte desentonaba.

—¿Es normal soñar todas las noches lo mismo? —se cuestionó en voz alta.

El gato de pelaje cobrizo que tenía frente a ella la miró fijamente, examinándola con latente curiosidad con sus grandes orbes ambarinos.

—¡Deja de mirarme así, Pollo! No sé por qué te cuento mi vida, si siempre acabas burlándote de mí —replicó Zafiro, fingiendo molestia.

Pollo no era realmente su gato. Se lo había encontrado dos años atrás vagabundeando en las cocinas de Palacio cuando era apenas un cachorrito abandonado y escuálido, sucio y repleto de pulgas y garrapatas. La Jefa de Cocina estaba dispuesta a propinarle una buena tunda, pues no era la primera vez que se colaba en la cocina y robaba una pieza de carne o algún que otro pescado. Mas, en aquella ocasión, Zafiro lo encontró. Y tal vez ese encuentro fuera casualidad o destino, el caso es que la niña detuvo a la furibunda cocinera y se ofreció a cuidar, asear y alimentar al pequeño felino bajo su responsabilidad.

Desde aquel día una extraña amistad se había forjado entre ambos; una insólita conexión impulsada por horas de juegos, mimos, cuidados y atenciones, y... los monólogos de Zafiro. Sin embargo, Pollo era un buen oyente, y la niña estaba segura de que si su minino pudiese hablar, la aconsejaría como si de un buen amigo se tratase.

Zafiro suspiró, compungida. Siempre le dolía recordar que no tenía amigos. Solo contaba con Pollo, mas a veces deseaba tener un amigo humano de dos patas al cual contarle sus sueños e inquietudes y que le respondiera sin emitir un «miau». Alguien con quien poder compartir sus alegrías y sus penas, sus fantasías y sus problemas. Y es que a veces la vida en la Corte era tan monótona, rutinaria y aburrida...

Al menos era un alivio tener tan solo quince años y no ser la primogénita de la familia Diamond. Zafiro era demasiado holgazana y descuidada, y odiaba cualquier tipo de deber u obligación. Justo lo contrario que su preciada hermana mayor, la princesa Esmeralda. ¡Ella simplemente era perfecta! Parecía que los astros del cielo se hubiesen alineado en el firmamento y hubieran confabulado entre ellos y en su contra para dotar de suerte y de dicha a Esmeralda, mientras que la pequeña de la Familia Real debía soportar la mala suerte que le había sido conferida.

Había personas que nacían con buena estrella, y Esmeralda Diamond era una de ellas. La chica llevaba con radiante orgullo y dignidad el apellido de la familia, y sobre todo, ser la primogénita de su Casa Real; mas no era vanidosa, caprichosa ni egocéntrica. Más bien resultaba ser todo lo contrario: Esmeralda era una muchacha generosa, amable con todos, gentil, noble y optimista. Siempre lucía una brillante sonrisa y poseía las palabras necesarias para cualquier ocasión que se le presentase. Era firme y decidida, nunca dudaba. También era valiente, luchadora, disciplinada y tenaz, pues todo lo que se proponía lo conseguía. Además, Esmeralda era una gran atleta, ya que adoraba cabalgar y lo hacía de maravilla. También era talentosa, pues a pesar de las reticencias de sus padres, había aprendido a manejar la espada y disparar flechas. Siempre acertaba en medio de la diana.

Zafiro cerró los ojos y dejó escapar el aire de sus pulmones lentamente al recordar lo que ocurrió cuando intentó disparar su primera flecha: por poco mató al Jefe de los Establos. Esmeralda le aseguró que con la práctica se mejoraba, y con una radiante sonrisa la animó a continuar. Mas, por mucho que se esforzaba, Zafiro nunca conseguía siquiera alcanzar la diana, y tras infinitos intentos fallidos, corrió a cobijarse en su alcoba, azorada. Aquel día solo consiguió sentir vergüenza ante la mirada de desagrado del empleado real que por poco mata, por la fuerte reprimenda de sus progenitores y las burlas de las chismosas doncellas de la Corte. Ah, y también sufrió una insolación al estar todo el día sometida a los intensos rayos del Sol. Debía de recordar que su piel era extremadamente sensible ante la exposición de la estrella solar.

Y fue también en ese día cuando Zafiro elaboró su teoría: había personas que nacían con buena estrella, y otras que no. Y ella era una de las que tenía mala estrella, y además, una que se cebaba y se burlaba constantemente de ella, trayéndole complicaciones y metiéndola en problemas. Zafiro representaba todo lo contrario a la imagen que una persona pudiera tener de una princesa: era holgazana, despistada, descuidada, olvidadiza, torpe, testaruda y carecía de cualquier tipo de talento nato y requerido para una dama de su alcurnia. No sabía bailar, cantar, bordar, pintar, cocinar ni tocar ningún instrumento musical. Todo eso prefería dejárselo a Esmeralda, que era perfecta también en esas

artes.

Sin embargo, Zafiro tenía un sueño: viajar por todo el mundo, surcar los mares, los montes, las llanuras y los desiertos; visitar ciudades, descubrir nuevas culturas. Vivir aventuras, aventuras reales. En carne y hueso.

Leer libros no estaba mal, pero al final la muchacha terminaba hartándose. Sus preferidos eran los libros de aventuras y caballerías, todo lo contrario a su hermana, quien prefería los romances juveniles y los cuentos de hadas. Zafiro quería vivir esas aventuras que tanto leía en sus libros, sentir las en su propia piel; experimentarlas. Salir del Palacio Real era su sueño más ansiado; abandonar la maldita Corte de rancios lameculos e hipócritas, salir de Ciudad de Diamantes e ir más allá de los muros del Reino de Calenda.

«*Ir al Bosque Encantado*».

Enseguida desechó esa idea. Internarse en el Bosque Encantado estaba prohibido por Decreto Real y penado con el encarcelamiento perpetuo, e incluso, la pena de muerte. Mas, había algo en la idea de sumergirse en el Bosque que la cautivaba, y no sabía bien qué era. Ella no creía en las hadas. Para Zafiro, esas criaturitas fantásticas de magia y de luz no eran más que eso; fantasías y leyendas. Cuentos para niños. Hacía cientos de años que nadie había visto un hada, pero simplemente hablar del tema ya estaba prohibido.

Su padre era muy estricto respecto a eso, se notaba a leguas que temía el poder de las hadas, incluso su sola mención. Bien sabido era en el reino que el Rey era un hombre hosco, reservado y apesadumbrado; mas los chismes de palacio se extendían como la pólvora, y en ocasiones hasta Zafiro se sorprendía de lo que se rumoreaba por las esquinas. Pues se decía que las desquiciadas pesadillas que sufría el Rey por las noches habían sido ocasionadas por un hada malvada que lo había castigado cuando éste se había internado en sus dominios encantados.

«*La gente ya no sabe qué inventar*» pensó Zafiro malhumorada, pues no daba crédito a dichas habladurías. Las hadas no existían, y punto. Puede que hace cientos de años sí hubieran existido, pero desde hace infinitos ciclos lunares nadie las había vuelto a ver, así que o habían huido a otra parte, o se habían extinguido.

—Pero, ¿cómo se mata a un hada? —se preguntó en voz alta Zafiro mientras acariciaba distraídamente el suave pelaje cobrizo de Pollo.

La verdad es que no tenía respuesta para esa pregunta. Se suponía que las hadas de las antiguas leyendas, según le había contado Esmeralda, eran poderosas e inmortales. Nunca enfermaban y era muy difícil, casi

imposible, herirlas. Ya ni digamos matarlas.

*«Tal vez porque no existen».*

De todas formas, Zafiro ya estaba habituada a su deprimente, rutinaria, aburrida y monótona vida de princesa segundona. Pensar en aventuras, viajes, fantasías y misterios se le antojaba algo... lejano. No, más bien imposible. Ella nunca iba a salir del castillo con la bendición y el beneplácito de sus padres; no a menos que fuera para casarse con un príncipe o noble de otras tierras.

—Y eso tampoco pasará nunca. ¡No me conseguirán tan fácilmente, Pollo! —exclamó alegremente la quinceañera, alzando su pulgar con pose de triunfadora. Pollo simplemente se limitó a bostezar con aburrimiento y acomodarse en su regazo.

El único evento importantísimo y extravagante que se llevaría a cabo la próxima semana y que daría mucho de qué hablar durante los meses venideros en todo el reino y puede que en todo el continente de Utopía, era el decimoctavo cumpleaños de la princesa Esmeralda. Tal vez esa celebración consiguiera arrancarla un poco de la monotonía.

*«Un momento».*

—¡Pollo! ¡Gato del Inframundo; no me has avisado! —maldijo Zafiro. De un salto se puso en pie y lanzó al gato por los aires hacia un lado, el cual emitió un estrepitoso maullido de sorpresa y fastidio—. ¡Por todas las hadas del Bosque Encantado! ¿Por qué no me has recordado que hoy es la última prueba de vestuario de Esmeralda? ¡Ya voy media hora tarde, y las muy tontorronas de Jade, Perla y Amatista se burlarán de mí por mi descuido! ¡Ay, no me quiero ni imaginar la reprimenda que me echará en cara la septa Topacio en cuanto me vea aparecer por allí... media hora tarde!

Zafiro apenas se despidió de su mascota y echó a correr por las almenas de palacio, su «lugar secreto» donde se solía refugiar u holgazanear, o ambas cosas a la vez, como bien estaba haciendo aquella tarde.

Mas, cuando trató de bajar apresuradamente las escaleras de caracol del pasadizo del torreón, se tropezó con el dobladillo de su vestido y cayó de bruces al suelo. Y así rodó estrepitosamente, dio varias vueltas de campana, gritó y se lastimó brazos y piernas con los bordes y las puntas gruesas de las escaleras. Pero lo peor estaba por ocurrir, pues al final de su trepidante recorrido su frente impactó contra una pared, y finalmente, todo se tornó en sombras.

Su mala estrella volvía a reírse de ella.

JUSTADO EL CAPÍTULO VOTA, C  
Y COMPARTE

*¡Gracias por leer!*



## Capítulo 5



# CAPÍTULO 2

## Cuentos de Hadas



### **CAPÍTULO 2**

#### **CUENTOS DE HADAS**

*«Había una vez una doncella que pertenecía a una familia de alta alcurnia. Su padre era un talentoso zapatero reconocido en toda la comarca, y su madre era una gran modista. Ambos habían trabajado para las familias más nobles y poderosas del reino, incluso sus extravagantes diseños habían causado bastante furor en el extranjero.*

*» La joven doncella se crió entre sedas y algodones; y dada la acaudalada riqueza de sus padres, jamás aprendió a realizar ninguna labor doméstica. Mas, su falta de talento en las tareas de la casa era recompensada con su don para el canto y la danza. Sus padres siempre le concedían todos los deseos y caprichos que su adorada hijita demandaba, pues ni siquiera ellos podían resistirse a su inigualable belleza y dulce sonrisa.*

*» Cuando la muchacha creció, se comprometió y casó con un joven aristócrata cuya fortuna era incluso superior a la de los padres de la joven. Los primeros meses fueron muy felices, y vivieron en paz y*

armonía. Mas, todo cambió cuando los negocios del galán se fueron a pique. Al pasar el tiempo, toda su fortuna desapareció y la pareja se vio arruinada. Tanto fue así que tuvieron que desprenderse de muchos bienes y objetos de valor, e incluso se vieron obligados a despedir a todos los empleados del servicio y mantenimiento de la casa.

» A partir de ese día, la doncella se vio obligada a realizar por sí misma todas las tareas domésticas de la mansión. Pero ella no sabía cocinar, lavar, barrer, fregar ni coser. ¡No sabía hacer absolutamente nada; solo cantar y bailar!

» Su marido pronto se hartó de la incompetencia de la joven y amenazó con separarse de ella. Ante semejante situación, la doncella, desconsolada, salió corriendo de la casa y se dirigió al jardín, pues no quería que su esposo la viera llorar. Y allí se hallaba sollozando, cuando de pronto, se vio sorprendida por la presencia de una escuálida anciana vagabunda, quien le pedía un plato de comida. La joven, aún apesadumbrada, le sonrió con tristeza y accedió a alimentar a la hambrienta anciana, mas le advirtió que su platillo, aunque estaba hecho con cariño, no era sabroso ya que no sabía cocinar.

» Cuando la pordiosera mujer sació su hambre, un cálido destello dorado la envolvió, y ante los ojos de la asombrada muchacha se transformó en una regia dama de increíble belleza.

» Ante la generosidad de la joven, la dama, quien resultó ser una poderosa hechicera, le concedió un deseo. La doncella le reveló cuan inútil era manejando las labores del hogar y le rogó tornarla habilidosa en las artes domésticas. Así pues, la hechicera recitó unas palabras mágicas y diez minúsculas haditas risueñas, tan pequeñas como el tamaño de los dedos de las manos, aparecieron revoloteando en el aire. Después le pidió a la doncella que extendiera sus delicadas manos y fue tocando con su varita mágica cada uno de sus dedos. Ante este peculiar acto, todas las haditas, una a una, se metieron en los dedos de la joven traspasando su nivea piel. Así, ocultas en sus dedos de la vista de los humanos, las pequeñas criaturas mágicas la podrían ayudar con las labores del hogar.

» Y así fue. Las haditas manejaron las manos de la hermosa joven cocinando sabrosos manjares, bordando los mejores trajes y adecentando la mansión en la que vivía con su marido. Desde aquel día la doncella se convirtió en una espléndida ama de casa. Cocinaba, barría, fregaba y cosía maravillosamente bien. Gracias a sus nuevas habilidades nunca más fue una incompetente en las artes domésticas y pudo recuperar el amor de su esposo, quien a veces en las reuniones de sus familiares y amigos llegaba a alardear del talento de su mujer en la mansión.

» *Y vivieron felices y comieron perdices*».

—¿Qué te ha parecido el cuento?

Esmeralda cerró cuidadosamente el libro y lo depositó con suavidad en su regazo. Se trataba de un ejemplar grande y grueso; un extraño volumen de miles de páginas que narraba cuentos y leyendas de hadas y otras criaturas fantásticas del Bosque Encantado. La princesa acarició con sumo afecto la portada de cuero del libro. Era de un brillante color verde, y en ella aparecían diminutas hadas aladas volando y reposando en flores y setas de vivos colores. En elegantes letras doradas se podía leer el título: *«Cuentos de hadas para gente extraordinaria»*.

Libros como aquel estaban prohibidos en todo el Reino de Calenda, pues el propio Rey en un arranque de locura había dado la indiscutible e inviolable orden de destruirlos todos. En el reino estaba terminantemente prohibido hablar sobre las hadas, así como cualquier tipo de lectura, canción u obra de teatro en las que se refirieran o hicieran alusión a ellas.

Sin embargo, el libro que poseía Esmeralda era especial. De hecho, era el *único* volumen referente a criaturas mágicas de los bosques, animales fantásticos y hadas que había en todo el reino. O al menos eso era lo que pensaba la primogénita de la familia Diamond. La princesa se había encontrado el grueso ejemplar en la noche de su séptimo cumpleaños debajo de la almohada de su cama. Cuando la gran celebración terminó y se dispuso a acostarse, con notable asombro lo halló bajo los innumerables cojines aterciopelados y almohadones esponjosos de su lecho. Era el último regalo del día, según pensó la muchachita. Mas, carecía de envoltorio. Tampoco supo quién se lo había entregado, pero fuera quien fuese esa persona, conocía a la perfección la prohibición de poseer y entregar un libro de esas características, con todas las desagradables consecuencias que eso conllevaba. Tal vez por esa razón había sido un regalo anónimo. La persona que se lo había regalado no se había atrevido a señalar su identidad, pero sí le había escrito una nota bastante extraña, que generó a la princesa una enorme curiosidad.

*«Hay historias que merecen ser contadas. En toda leyenda existe una parte de verdad y una enseñanza. Mas, solo las personas con la mente abierta y despejada y un gran corazón, son capaces de descifrar dichos entresijos.*

*Cuida este libro. Tú sabrás qué hacer con él».*

Tras leer aquella singular declaración, Esmeralda había guardado, protegido y conservado ese libro con sumo cuidado e interés. Desde los

siete años lo había mantenido oculto tras una baldosa desprendida del suelo que se hallaba bajo su cama; un lugar secreto y seguro donde nadie podría encontrarlo. Y desde que tenía uso de razón había empezado a leer las increíbles historias que en su interior se narraban: aventuras de intrépidos viajeros que se internaban en el Bosque Encantado en busca de tesoros, princesas perdidas y doncellas en apuros, príncipes que soñaban alcanzar la gloria desentrañando los acertijos del Bosque... Y las hadas, por supuesto. Las hadas que siempre tenían una solución para todo, que amaban y cuidaban la naturaleza, que ayudaban y protegían a todo aquel que estuviese en apuros y creyera en ellas.

Y Esmeralda sí creía en las hadas, con todo su corazón.

La única persona que conocía la existencia de dicho ejemplar era su hermana menor, Zafiro. A ella no le escondía ningún secreto. Después de todo, era su hermana pequeña; su preciada y adorada hermanita. La quería con locura y sentía que si compartía con ella el secreto del libro prohibido, su hermoso vínculo de hermanas se estrecharía aún más. Por eso, desde que ambas eran niñas, Esmeralda se escabullía a la habitación de Zafiro por las noches para leerle un cuento de hadas antes de dormir.

Pero Zafiro no creía en las hadas.

—Pues no me ha gustado —respondió Zafiro a la pregunta que le había hecho su hermana mayor—. Creo que ese cuento deja en muy mal lugar a las mujeres. Quiero decir, que no estoy de acuerdo con la idea de que solo las mujeres se tengan que encargar de todas las labores domésticas. Me compadezco de la muchacha de la historia, pero no por el hecho de que no supiera realizar las tareas del hogar, sino por el zángano de marido que tenía que soportar. ¿Acaso él colaboraba con las tareas de la casa? ¿La ayudaba? Y tampoco me ha gustado la solución que le propuso la hechicera; creo que lo correcto hubiera sido convertir a su esposo en un cochinito. O hacer que volvieran a recuperar toda la riqueza que antes poseían. Pero, ¿un hechizo para saber cocinar y coser...? ¡Qué cosa más ridícula!

Esmeralda sonrió con cariño y dejó que su hermana se desfogara unos minutos más. Bien sabido era que a Zafiro no le gustaban demasiado esas historias y que su mente objetiva siempre analizaba cada una de las palabras que le leía.

—Zafiro, no te lo tomes así. Solo es un cuento —suspiró finalmente la princesa, acomodándose mejor en la colosal cama de dosel azul de su hermana—. No quiere decir nada.

—Ya lo sé —replicó Zafiro. Una mueca de molestia se perfilaba en su rostro—. Pero yo nunca le pediría ayuda a un hada ni a nadie para que cambiara mi forma de ser simplemente para agradar a alguien. La

persona que realmente me ame debe aceptarme y quererme tal y como soy, con mis defectos y mis virtudes... Tal vez más defectos que virtudes en mi caso, yo qué sé. Mas, no falsearía mi imagen ni me cambiaría a mí misma solo por el hecho de gustar... Porque entonces, *no sería yo*, sino otra persona.

Zafiro había estado reflexionando sobre aquella historia. Su realidad no estaba tan alejada de la de aquella doncella del cuento, después de todo, pues ella misma era inútil para cualquier tipo de tarea. Siempre le salía todo mal, incluso las cosas más simples. Por el contrario, su hermana mayor, Esmeralda, era una eminencia en todo lo que se proponía y hacía.

*«Maldita mala estrella que siempre me complica la vida».*

La muchacha omitió un quejido de fastidio. La última jugarreta que le había gastado su mala estrella, como así llamaba Zafiro a su mala suerte, era una caída por las escaleras que la había dejado magullada y dolida con numerosos cardenales, moraduras y hematomas por todo el cuerpo. El peor de ellos había sido el gran moretón que se había hecho en mitad de la frente al darse de bruces contra la pared. Era espantoso, y su color oscilaba entre el morado y el verde. Pero, sin duda, lo que más le molestaba era ese doloroso esguince que se había hecho en el pie derecho al torcérselo cuando resbaló por las escaleras del torreón. Era por esa razón que estaba de reposo en la cama desde hacía dos días.

La princesa suspiró. Le gustaba holgazanear, levantarse a altas horas de la mañana y no hacer nada de provecho en todo el día. Sin embargo, con tan solo llevar dos días en la cama sin poder levantarse y caminar más que lo necesario, ya le bastaba para añorar esos días en los que Esmeralda le proponía dar largos paseos a caballo por los jardines reales; y también el poder corretear por las almenas del castillo, donde se reunía clandestinamente con Pollo para contarle su día a día y observar juntos la puesta de sol. De hecho, echaba mucho de menos estar al aire libre, pues yacer tanto tiempo encerrada entre cuatro paredes ya le iba resultando sofocante y agobiador.

*«Al menos tengo mis libros de aventuras. Y a Esmeralda».*

Eso era cierto. Desde su fatídico accidente en las escaleras, su hermana no se había separado de ella ni un solo minuto. Le leía cuentos, le traía libros de la biblioteca del palacio, le cantaba y tocaba el arpa para ella, le contaba chismes sobre los criados y sus propias doncellas, la ayudaba a vestirse e intentaba practicar nuevos y estrafalarios peinados con su cabello. Incluso una vez le llevó a Pollo escondido en una cesta de la fruta a sabiendas de la reprimenda que se llevaría si la descubrían entrando animales en el castillo, pues eso estaba estrictamente prohibido.

Zafiro recordó lo triste y preocupada que se puso su hermana mayor cuando se enteró de su caída. Unos guardias reales hacían su ronda habitual por el castillo cuando, de pronto, escucharon el gran estrépito que provocó la menor de las hermanas con su inesperado resbalón. Mientras que uno de los guardias la trasportaba en brazos hacía su habitación, el otro se dirigió a comunicar la desagradable noticia a sus padres y su hermana. Esmeralda no dudó ni un solo segundo en abandonar el vestidor de su alcoba e ir corriendo hacia el cuarto de su hermana, aún con el camisón puesto, la bata desabrochada y descalza. Más tarde, la joven princesa se enteraría por boca de su doncella personal de que su hermana mayor había yacido sentada junto a ella en su lecho y que, sin dejar de sujetar su mano, le había cantado dulces canciones y melodías hasta que finalmente, un par de horas más tarde, Zafiro recobraría la conciencia y despertara.

También había recibido la visita de sus padres, por supuesto. Su padre había estado solo un par de minutos en su habitación, pero al menos le había preguntado cómo se encontraba con ese deje indiferente y ausente que le caracterizaba cuando trataba con su hija menor. Su madre, por el contrario, había ordenado a Esmeralda que saliera un momento del cuarto, y tras su marcha, le había echado una severa reprimenda a Zafiro sobre lo despistada y descuidada que había demostrado ser por resbalar en unas escaleras. Furibunda, le había pedido explicaciones sobre dónde se hallaba y qué hacía en ese momento, y le echó en cara cómo había sido capaz de olvidar la última prueba de vestuario de su hermana mayor. También la acusó de tenerle envidia y querer eclipsar «*el momento importante en la vida de su hermana*» cayéndose deliberadamente por las escaleras para «*sentirse protagonista*». Tras media hora de reproches y acusaciones, la reina se marchó de su habitación dejando a una desdichada y llorosa muchacha que no hacía más que preguntarse entre sollozos por qué su madre la odiaba tanto.

Y es que era más que evidente que *algo* les ocurría a sus padres con ella. Su padre casi siempre la ignoraba y la trataba con indiferencia, como si no existiese o fuera un elemento más de la decoración del castillo. Su madre, sin embargo, reparaba *demasiado* en su presencia. Constantemente la reñía por todo, y tan solo con verla su apacible gesto se transformaba en un rictus de furia y rabia contenida. Siempre que podía la desprestigiaba y humillaba en público, sobre todo si ese público se trataba de las desagradables amigas de Esmeralda, quienes se burlaron de su mala suerte en cuanto se enteraron de su desafortunado resbalón.

—Eso que acabas de decir es muy bonito, Zafiro —dijo Esmeralda, pronunciando con suavidad las palabras e interrumpiendo los sombríos pensamientos de la otra princesa—. Pero así como algunas personas son demasiado decididas y seguras de sí mismas para no cambiar por otras, hay ciertas que también deben ser valientes para poder cambiar su

actitud y mejorar por aquellos a los que aman.

—Tiene sentido —cedió finalmente Zafiro con un lánguido susurro.

Su hermana mayor era demasiado soñadora, espontánea y romántica. Zafiro se planteó si ella misma podría hacer un sacrificio semejante al de la doncella del cuento; cambiar por una persona amada con el fin de hacerla feliz. Todos conocían sus defectos: torpe, testaruda, caprichosa, holgazana, quejica, despistada... ¿Podría cambiar eso?

«*Seguramente, no*».

—Ya casi va a ser medianoche —comentó Esmeralda con una triste sonrisa en el rostro—. Será mejor que me vaya ya a mi habitación, hermanita. Necesitas descansar y no hago más que molestarte con mis estúpidos cuentos de hadas. Lamento que el de esta noche no te haya gustado.

Esmeralda depositó un afectuoso beso de buenas noches en la frente de la pequeña e hizo amago de levantarse, pero rápidamente Zafiro la retuvo de la mano y tironeó de ella para volverla a sentar en su cama.

—No lo sientas... —comenzó a decir, con los ojos brillantes y cuajados en lágrimas—, porque soy yo quién lo siente. Siento meterte siempre en problemas por mi culpa, siento no compartir tu afición por los cuentos de hadas, siento no creer en ellas y siento haber arruinado uno de tus días especiales antes de tu cumpleaños.

Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. Era la primera vez que sacaba a relucir el dichoso tema que tanto le atormentaba por las noches; pero ante todo, era la primera vez que se sentía plenamente consciente de todo lo que su hermana había hecho por ella y lo poco que, sin embargo, Zafiro hacía por su hermana mayor. Pero, ¿había alguna cosa que pudiese hacer por la brillante y perfecta Esmeralda?

—No tienes por qué disculparte —repuso Esmeralda en un suave murmullo. Sus ojos verdes relucían a causa de las lágrimas que trataba de no derramar—. Tampoco tengo nada que perdonarte. Eres mi hermana pequeña, *mi preciada joya*, y te querré siempre tal y como eres. Y lo sabes. Y sabes también que no estoy de acuerdo en cómo te tratan nuestros padres y que siempre intento razonar con ellos para que te acepten tal cual eres, porque *eres única y maravillosa*. Realmente son estúpidos si no lo ven así, *si no te ven con mis ojos*.

Zafiro, emocionada, se lanzó a los brazos de su querida hermana. Esmeralda la abrazó con cariño, susurrándole al oído tiernas palabras de consuelo y ánimo. Tras sentirse más aliviada, la pequeña volvió a recostarse en la cama y con una leve sonrisa le pidió a su hermana que le cantara una nana para dormir, a lo que la muchacha más mayor accedió

encantada. Zafiro lamentó no poderse unir al precioso canto de su hermana, pues desde que era una niña su padre le había prohibido tajantemente cantar, e incluso tararear o silbar cualquier melodía, pese a que era una de las muy pocas virtudes que a la muchacha, curiosamente, se le daba bien.

La canción de Esmeralda hablaba de libros antiguos y secretos de tapas duras y cientos de páginas encantadas. Hablaba de viajes y aventuras por tierra y mar, de criaturas mágicas, de mundos fantásticos de ensueño, de príncipes y princesas, de magos y brujas, y del incalculable valor de la amistad.

Y así, trasportada como por arte de magia a otros mundos y épocas felices gracias a la hipnótica voz de Esmeralda, Zafiro se quedó completamente dormida justo cuando las campanas de palacio advertían la medianoche.

JUSTADO EL CAPÍTULO VOTA, C  
Y COMPARTE

*¡Gracias por leer!*



## Capítulo 6



# CAPÍTULO 3

## *El Gran Día*



### **CAPÍTULO 3**

#### **EL GRAN DÍA**

□□uandꝛafiro abrió los ojos se dio cuenta de que estaba en el bosque.

Lo advirtió porque se encontraba rodeada de altos y tupidos árboles cuyas frondosas copas rozaban el firmamento nocturno y dejaban pasar a través de sus largas ramas los plateados rayos de la Luna. Lo percibió porque un mullido manto verde, suave y húmedo al tacto cubría el suelo, y por los diversos olores silvestres y afrutados que se mezclaban en el ambiente, tan diferentes a todas las fragancias artificiales que abundaban en Ciudad de Diamantes.

Lo reconoció porque no era la primera vez que había estado allí. Y es por eso que supo perfectamente que aquel lugar no era un bosque cualquiera, sino el Bosque Encantado.

Lentamente se incorporó de la tierra blanda donde había yacido hasta el momento y con sumo cuidado se puso de pie. Luego hundió los dedos de sus pies desnudos en ese húmedo terreno, adaptándose así a la fría y

fangosa superficie. Se fijó entonces en sus ropajes: vestía con el mismo camisón blanco de seda que le llegaba hasta los tobillos y que utilizaba para dormir, aunque ahora presentaba manchas de barro y briznas de hierba adheridas a la fina tela. Suspiró. Con una mano temblorosa se revolvió los oscuros cabellos que llevaba recogidos en una enmarañada trenza. Y esperó, atenta.

La cálida brisa nocturna le trajo el sonido de una dulce melodía cuyas delicadas notas adquirirían ciertos matices apreciados en las canciones de cuna. La voz que entonaba aquella armonía era hermosa, casi divina. Zafiro estaba segura de que ninguna garganta humana podría reproducir esos maravillosos sonidos celestiales. La misteriosa voz correspondía a la de una fémica, de eso estaba segura, y entonaba palabras en un extraño idioma arcano extinto hacía siglos del Reino de los Humanos. Mas, la joven princesa comprendió cada una de las oraciones que se fusionaban con el viento, la tierra y el mismísimo Bosque como si ese peculiar lenguaje no mostrara misterios ante ella.

Pero, ¿por qué le parecían tan familiares aquel idioma prohibido y esa hermosa melodía?

De repente sus piernas echaron a correr por el Bosque sin que fuera consciente de ello. Como en cualquier otro de sus sueños, la muchacha se sentía dirigida por una mano oculta cuyos hilos invisibles a la vista humana tiraban de su cuerpo, manejándolo a su antojo.

El viento de la noche la envolvió con risas traviesas e infantiles anudadas al dulce canto; multitud de carcajadas burlonas de misteriosas criaturas a las que no podía ver pero sí sentir sus curiosas miradas clavadas en la espalda, observándola con malicia desde detrás de los árboles y los densos arbustos sin perder detalle de su carrera frenética por el verde paraje.

La canción cesó de manera abrupta. Fue entonces cuando su marcha terminó y de golpe se detuvo.

Zafiro se hallaba en un claro amplio rodeada de exuberantes árboles que formaban un círculo perfecto a su alrededor. Arriba, en la oscura bóveda celestial, la Luna Llena brillaba con todo su esplendor, dotando al maravilloso paisaje de un halo fantasmagórico. Y en el mismísimo centro del claro del Bosque se erguía, imponente, un enorme sauce blanco. Repartidas por la hierba, un conjunto de coloridas setas se disponían a su alrededor creando una circunferencia multicolor, como si aquello se tratase de un escudo natural que pretendiera protegerlo de una amenaza invisible, mientras que multitud de doradas luciérnagas veraniegas revoloteaban sobre las setas y la cascada de ramas del fantástico sauce. La joven avanzó unos pasos más traspasando la barrera de hongos hasta quedar frente al magnífico árbol, y extendió un brazo hacia delante. Con

las yemas de los dedos acarició gentilmente las pálidas hojas alargadas, tan brillantes gracias a la luz lunar.

A partir de ese momento, todo sucedió muy rápido.

Un escalofriante bramido que parecía surgir desde las entrañas del sauce blanco resonó en el claro y se extendió por todo el Bosque. Los demoledores gritos agónicos cargados de sufrimiento, ira y locura se infiltraron en los oídos de la princesa y retumbaron en su cabeza, dañando su sentido auditivo y cegando su visión. Un manto oscuro cubrió su vista y cayó al suelo de rodillas, casi perdiendo el conocimiento. Mas, antes de que sucumbiera a la profunda y letal inconsciencia, Zafiro pudo sentir un desgarrador dolor en su espalda. Desesperada, la joven se llevó las manos hacia la zona afectada de su cuerpo, y con mucha precaución, tocó el núcleo de dolor en su columna.

Gritó.

Las palmas de sus manos estaban completamente manchadas de sangre, que resbalaba hacia sus brazos embadurnando las mangas de su camión blanco y cubriendo su nívea piel del intenso escarlata. Ese fluido vital también goteaba desde las yemas de sus dedos y salpicaba la hierba, creando en escasos momentos un enorme charco granate a su alrededor. La joven sentía que le arrancaban la vida por la espalda, su espíritu; que le extraían sin miramientos la columna vertebral y que le partían todos y cada uno de sus huesos. Que le arrebatan con extrema violencia y sin su consentimiento algo importante, y ella no podía hacer nada para negarse, protestar e impedirlo. Ya no le quedaba energía para luchar pues había perdido mucha sangre y sentía que pronto sus últimas fuerzas la abandonarían.

Sus agudos gritos de dolor se sumaron a los espeluznantes bramidos furiosos del Bosque; una extraña tierra encantada que prometía no olvidar ni perdonar. Con su mirada de mar, Zafiro pudo observar cómo el sauce blanco se iba desvaneciendo hasta convertirse en negras cenizas que se disipaban al viento.

Lo último que vio antes de desmayarse fue un ondulante cabello de fuego y unos preciosos ojos verdes similares a un par de esmeraldas que la observaban con preocupación.



La luz del alba se empezaba a filtrar a través de las espesas cortinas de terciopelo azul que cubrían las grandes ventanas de la habitación de Zafiro.

La joven princesa, como si quisiera ahuyentar los últimos vestigios de su inquietante sueño, se frotó los ojos con saña y se incorporó de sus esponjosos almohadones de seda blanca. Bostezó, adormilada. Incomodada todavía por sus últimas vivencias oníricas en el Bosque Encantado y con un fuerte dolor de espalda, se desperezó y se levantó de su colosal cama de cubre y mantas celestes. Con paso tambaleante se dirigió hacia el gran ventanal de su cuarto, el cual conectaba hacia un extenso balcón decorado con multitud de lirios violetas, celestes y blancos, y corrió de un tirón las densas cortinas dejando entrar en la juvenil estancia los primeros rayos de Sol del día.

La luz solar bañó su figura, y su delicada piel clara brilló y se cubrió de matices dorados. La menor de las princesas avanzó unos pasos y salió al balcón. Apoyada en la fría barandilla de plata y pequeños diamantes cristalinos, observó su amado reino. Amanecía en Ciudad de Diamantes. Los gallos comenzaban a cacarear entusiasmados mientras que los primeros trinos de las golondrinas resonaban en el aire y se sumaban felices a su fantástica melodía, despidiéndose así del blanco invierno y anunciando el inicio de la primavera.

Después de todo, había llegado. Finalmente, hoy era el gran día, y como no podía ser de otra manera, esta esperada jornada debía empezar con alegría. Era el momento del año más ansiado y deseado tanto por nobles como plebeyos en los últimos tiempos; el día en que la princesa Esmeralda asumía su mayoría de edad y se presentaba al Reino de Calenda y al continente de Utopía como la primogénita real y legítima heredera al trono.

Al fin, Esmeralda podría comparecer junto con su padre, el Rey, en las reuniones reales que se celebrarían junto con otras Familias importantes del continente, expresar su opinión en público, aconsejar a su padre y hasta tomar ciertas decisiones.

Cuando su padre expirara su último aliento, Esmeralda debería sucederle en el trono y gobernar el reino, y por ello debía estar bien preparada. Ciertamente era que, desde pequeña, la mayor de las hermanas se había sometido a un extensivo aprendizaje y a un duro entrenamiento, tanto físico como mental. La futura Joya de la Corona debía ser fuerte, valiente, inteligente, bondadosa y audaz. No debía haber fallos ni brechas en su exquisita educación. Esmeralda era un diamante en bruto que debía ser totalmente explotado, y toda preparación siempre era poca. Bajo la atenta mirada de su severa madre, la primogénita recitaba canciones y poemas, tocaba el arpa y bordaba tapices, vestidos y pañuelos. Supervisada por la septa Topacio y los Doce miembros del Capítulo, la joven declamaba las Leyes Primordiales del Reino de Calenda; y bajo la estrecha vigilancia de su hosco padre, disputaba combates cuerpo a cuerpo, duelos de espada y de tiro con arco.

De pensar en todas las responsabilidades que desde ese día en adelante debería asumir su hermana mayor, a Zafiro le entró un profundo dolor de cabeza. ¡Ella no podría soportar tantos deberes y obligaciones! Y no solo ella era conocedora de sus limitaciones y defectos, sino también sus padres, los cuales estaba segura de que se avergonzaban de ella por su ineptitud y holgazanería. Era por ese motivo que siempre la mantenían apartada y alejada de cualquier tipo de evento o festividad que requiriese la mínima presencia familiar de la Casa Diamond; siempre la sometían a un segundo plano.

La más joven de las princesas no se quejaba por eso, al contrario, estaba de acuerdo en que las cosas se mantuviesen así, en su orden natural. Ella no era excesivamente hermosa ni locuaz, le daba mucha vergüenza hablar en público, solía trabarse con las palabras más difíciles de pronunciar cuando se ponía nerviosa y tampoco era buena simpatizando o haciendo amigos. Por no decir que no poseía ningún talento. Así que lo mejor era que todo siguiera su curso: Esmeralda debía estar al frente para representar a su familia y dar la cara por el reino, mientras que ella se quedaba a la sombra de todos los problemas y complicaciones.

La princesa suspiró, alicaída. Hoy era uno de esos días en los que su papel de princesa segundona no bastaría, pues aunque evidentemente se iba a mantener en un segundo plano, el decimoctavo cumpleaños de su hermana era un gran evento al que asistirían no solo otras familias de la realeza, la nobleza y la aristocracia, sino que además, se iba a realizar una jornada de puertas abiertas en el Palacio Real para que todos los habitantes del reino tuvieran la oportunidad de presenciar por sus propios ojos el glorioso acto en el que la primogénita ascendía a una escala mayor. Y para eso era necesario que toda la familia estuviera junta y unida en su totalidad y sin excepciones.

Zafiro echó un último vistazo a las calles de Ciudad de Diamantes. Desde su balcón se podía ver la avenida principal y la Plaza de la Fortuna, cuya

antigua leyenda decía que si alguien lanzaba una moneda de oro en su fuente de aguas cristalinas, en menos de un año la buena suerte le sonreiría y la felicidad eterna llamaría a su puerta. Claro que, Ciudad de Diamantes era rica y próspera, y la alegría brillaba en los ojos de sus habitantes y de todo aquel que la visitara. Más allá de las calles comerciales, la joven pudo distinguir Puerto Zafiro, el puerto principal y el más grande de todo el reino, donde cada día multitud de barcos de todo tipo arribaban o zarpaban. Según le contó una vez su hermana, su nombre hacía referencia al puerto, pues los ojos de la muchacha eran tan azules como las aguas que lo rodeaban. A partir de ahí, el Mar de Cristal se extendía hacia el lejano horizonte. La fresca brisa matutina le evocó fragancias de espuma y sal.

El ajetreo de los ciudadanos que ya comenzaban a salir de sus casas y a dirigirse a sus puestos de trabajo en la avenida principal y en el mercado de la Plaza de la Fortuna, hizo que Zafiro volviera de nuevo a la realidad. Solo entonces se dio cuenta de lo mucho que había madrugado y de que desde que estaba despierta no había dejado de tararear la canción de sus sueños.

—¡Maldita pesadilla! —se quejó en voz alta—. No sé que significado debe tener, si es que acaso tiene uno, pero no puedo sacarme esa dulce melodía de la cabeza. ¡Esa... canción de cuna! Además, desde hace muchos ciclos lunares tengo esos sueños. En algunas ocasiones me encuentro volando, surcando los cielos del reino... ¡Y otras veces, me hallo en el Bosque y cosas bizarras suceden a mi alrededor! Tal vez deba plantearme hacerle una visita a Enola y pedirle consejo... Sí, creo que lo más acertado sería preguntarle a ella porque si estos sueños se siguen reproduciendo en mi mente todas las noches temo acabar desquiciada.

Visitar a la Alquimista o simplemente entrar en el laboratorio donde ésta estudiaba y trabajaba en proyectos secretos no estaba en la lista de deseos de la princesa, pero llegados a este punto, tal vez era lo mejor que podía hacer. Enola era muy reservada y no trataba con nadie. De hecho, las ocasiones en las que la había visto en persona podían contarse con los dedos de una mano. Parecía que no le gustaban las personas, pero si se lo pedía con educación y como un favor personal y exclusivo, no tendría razones para negarse.

—¿Princesa? —Una titubeante voz femenina la llamó desde el interior de su habitación.

—¡Un momento! ¡Ya voy!

Zafiro se retiró de la barandilla y se despidió con tristeza de las bonitas flores de su balcón. Cojeando, entró en su alcoba. El drástico cambio de

temperatura le hizo estornudar.

—¡Princesa! —Ámbar, su doncella personal, corrió al encuentro de la muchacha y la sostuvo del brazo para que ésta no se desvaneciera en el suelo. Sus peculiares ojos dorados brillaban con preocupación—. ¡Todavía no está recuperada por completo como para que pueda caminar sola! Si no guarda reposo ni utiliza las muletas, su esguince no se curará; las hadas no lo quieren. También debería abrigarse más si va a salir al balcón. Por las mañanas las temperaturas siguen siendo frías, y sus padres no estarán contentos si se resfriara hoy.

—Gracias por preocuparte tanto por mí, Ámbar, pero no es necesario. Si mis padres se preocuparan tanto por mí como lo hacéis Esmeralda y tú, yo... —Zafiro dejó la frase a medias. Reprimió una carcajada histérica. ¿Sus padres, preocuparse por ella...? ¡Cómo se le había ocurrido decir, o incluso llegar a pensar eso! Rápidamente cambió de tema—. Además, ¿por qué no llamaste a la puerta?

La joven doncella no debía superar los diecisiete años pese a que aparentaba menos edad de la supuesta a causa de su baja estatura y su rostro de finas y delicadas facciones. Inquieta, se revolvió a un lado y se recolocó la cofia en la cabeza, pese a que ningún mechón de cabello sobresalía de ésta, llegando incluso a cubrir la parte superior de sus orejas. Este pequeño gesto que repetía tantas veces al día hizo sonreír a Zafiro.

—Lo hice, princesa —titubeó, nerviosa—. Llamé a su puerta en reiteradas ocasiones, pero no respondía. Estaba muy preocupada, pensaba que le había podido pasar algo... Es extraño verla despierta y levantada a estas horas.

Y eso también era verdad. Incluso si ya estaba despierta desde hacia horas, Zafiro solía levantarse sobre el mediodía. Tampoco es que tuviera nada interesante que hacer antes de esa hora, y así podía evitar un poco más de tiempo las reprimendas de la septa Topacio y las burlas de las amigas de Esmeralda.

La princesa se dejó llevar por su doncella hacía el tocador y se sentó sobre los mullidos almohadones aterciopelados de su butaca. Con delicadeza, Ámbar le lavó la cara para despejar todo rastro de legañas, somnolencia y cansancio acumulados.

—No tiene buena cara —comentó su doncella—. ¿No ha dormido bien hoy? ¿Es que acaso ese mal sueño del que a veces habla ha vuelto a molestarla?

Zafiro asintió. Solo su hermana y Ámbar sabían que tenía pesadillas, o al menos sueños muy grotescos casi todas las noches. Pero de entre las dos

muchachas, la única que conocía en profundidad los sucesos que se llevaban a cabo en ese mundo onírico era Esmeralda.

—¿Tienes alguna idea de lo que pueda significar?

La trabajadora real abrió tanto sus brillantes ojos dorados ante la pregunta formulada por la princesa, que Zafiro pensó que se le iban a salir de las órbitas.

—Bueno... —murmuró, todavía sorprendida por la repentina pregunta de la más joven—. Sin tener más detalles sobre esos sueños, no sabría qué decirle. Pero si asegura que son tan recurrentes y continuos, puede que se traten...

Su discurso se interrumpió, de súbito. Abochornada y con las mejillas sonrojadas por la vergüenza, la doncella bajó la mirada con timidez y se dedicó esta vez a desenmarañar los oscuros cabellos de la princesa.

—¿De qué, Ámbar? ¡Dime!

Su interlocutora soltó un lánguido suspiro y la miró a los ojos desde los reflejos que proyectaban sus figuras ante el espejo del tocador.

—Solo es mi humilde opinión, princesa —musitó en una voz muy baja, como si aquello que iba a decir fuera un gran secreto—. Pero puede que se traten de premoniciones.

—¿Premoniciones...? ¿Mis sueños...?

Avergonzada por su comentario, Ámbar se encogió de hombros y dando por finalizada esa extraña conversación, continuó con su labor de desenredar, cepillar y peinar el largo cabello de Zafiro.

La princesa sopesó brevemente las inesperadas palabras de su confidente. Mas, decidió por el momento no darle más importancia de la necesaria al asunto. Después de todo, conocía lo suficiente a su doncella como para apreciar su carácter fantasioso, espontáneo, romántico y soñador.

*«Seguro que mi hermana y ella se llevarían muy bien. Se parecen mucho. Puede que incluso Ámbar crea también en las hadas».*

Su pensamiento voló de nuevo hacia las aladas criaturas feéricas. No podía dejar de pensar qué relación podía tener ella con las hadas ni con el Bosque Encantado. Ni muchísimo menos con esa dulce melodía de sus sueños que, de alguna manera, conocía desde que era un bebé.

Y una vez más, sintió que aquella resplandeciente mirada esmeralda de su

sueño la observaba desde las sombras.

**(\*) Nota de autora: ¡Hola! :-) ¡Aquí os dejo el mapa del Reino de Calenda, donde se sitúan Ciudad de Diamantes y el Bosque Encantado! Por si teneis curiosidad, utilicé una plataforma llamada Inkarnate para diseñarlo. Esta página permite crear maravillosos mapas de mundos fantásticos, y lo mejor de todo es que es muy fácil de utilizar. ¡Espero que os haya gustado el resultado!**

JUSTADO EL CAPÍTULO VOTA, C  
Y COMPARTE

*¡Gracias por leer!*



## Capítulo 7

# CAPÍTULO 4

## *Ciudad de Diamantes*



### **CAPÍTULO 4**

#### **CIUDAD DE DIAMANTES**

□□dielo azul estaba completamente limpio y despejado, sin hallarse rastro de ninguna nube que osara cruzarse por la infinita bóveda celeste ni anteponer sus blancos y delicados encantos frente al radiante Sol de mediodía.

Zafiro dejó escapar un breve suspiro cargado de cansancio y aburrimiento, y con una mueca de resignación, se apoyó en la barandilla de la minúscula ventana de la carroza real. Asomada por ese pequeño y ovalado ventanal podía contemplar diminutos fragmentos de la ciudad que la vio nacer y que la acogió entre sonrisas, lágrimas de felicidad y pétalos celestes de lirio lanzados al viento para posteriormente terminar fundidos en la brillante capa de nieve.

Siempre se decía en la Corte que, en toda la próspera y larga historia de Ciudad de Diamantes, el único instante en que se presentó una verdadera ventisca y la nieve comenzó a caer en suaves copos transparentes fue el día en que la princesa de ojos de mar vino al mundo. Su llegada coincidió en una noche muy especial; una en la que los astros celebraban un evento

natural muy importante: el ocaso de una estación y el amanecer de la siguiente. Los rumores de la Corte, además, afirmaban que cuando la primera estrella de nieve descendió del firmamento y se posó en la fina hierba, una alegre risa de recién nacido similar a un par de campanillas tintineantes resonó por todo el palacio y llegó hasta los confines más recónditos del reino.

Así fue como Zafiro nació en una noche especial de Solsticio de Invierno.

Las nevadas, al igual que el frío y las tormentas, no eran propias de aquel beatífico lugar puesto que el Reino de Calenda formaba parte de una enorme y variopinta isla situada al Sur del continente y dadas estas características su clima era cálido y primaveral incluso en invierno. Mas, con la llegada de Zafiro las primeras nieves también arribaron, y al finalizar dicha jornada de Solsticio invernal un manto blanco y esponjoso como las mismísimas nubes cubría el suelo. La sorpresa y la fascinación se habían perfilado en las expresiones de sus pacíficos habitantes ya que nadie había visto nunca esa peculiar faceta del cielo y del clima que se les presentaba.

Fue por ese motivo y en señal de gratitud y ofrenda, que a la joven se la reconoció en el reino como «Princesa de las Nieves».

Zafiro recordó con alegría y entusiasmo este pequeño cuento que, ya sea realidad o fantasía, simbolizaba de una manera muy hermosa su nacimiento.

Curiosamente, fue la septa Topacio quien le reveló esa fantástica historia. La muchacha recordó que, ya que Esmeralda era muy pequeña cuando había nacido y que con toda probabilidad no se acordaría de ese precioso día, ella misma se había armado de valor y tras pensarlo mucho decidió preguntar a sus progenitores, los Reyes, por el magnífico evento de su nacimiento y toda la alegría y emoción que conllevó en el reino. Mas, la reacción que se encontró fue totalmente inesperada. Sumido en una profunda tristeza, su padre se llevó las manos al rostro y comenzó a llorar, desconsolado. En cambio, su madre, con una expresión de furia, rabia y dolor, le dio una fuerte bofetada y la castigó prohibiéndole tajantemente salir de su habitación durante una semana.

Este suceso había ocurrido hace muchos años, tantos que Zafiro había perdido la cuenta del número de lunas que se habían manifestado en el cosmos desde entonces. Y, aunque no guardaba rencor hacia sus padres, nunca podría entender los motivos de esa reacción tan exagerada y desmedida. Pero por desgracia, aquel desdichado día había quedado grabado para siempre en su memoria, así como el terrible dolor que sintió en esos momentos en lo más profundo de su corazón... Como si una

pérfida mano invisible lo congelara.

Con una leve sacudida de cabeza, la joven apartó esos sombríos pensamientos de su mente. ¡Hoy era un día feliz! Un día hermoso y apacible en el cual se festejaba el decimoctavo cumpleaños de su hermana. Así que no debía tener motivos para sentirse triste ni para que la nostalgia la invadiera.

Además, mirara por donde mirara, todo era pura dicha y felicidad. Tras las vistosas cortinas de seda blanca que decoraban las ventanas del carruaje real, la joven princesa observó las calles principales de Ciudad de Diamantes. Cada calle, cada parque, cada esquina y hasta el más solitario rincón estaban adornados con guirnaldas y ramos de flores naturales de llamativos colores que decoraban los puestos ambulantes, los comercios, las ventanas de las casas y las azoteas. Por encima de sus cabezas se podían apreciar infinitos hilos dorados cubiertos de florecillas elaboradas con joyas preciosas que resplandecían alegremente gracias a la luz solar. Esas fabulosas guirnaldas surgían desde los altos tejados de los hogares y se entrecruzaban por las alturas de un lugar a otro, creando un cielo artificial de vivos colores.

El gozo y la euforia de los ciudadanos ante la presencia de ese día festivo también se hacía notar en el ambiente. Las calles principales se encontraban abarrotadas por multitud de habitantes de Ciudad de Diamantes que, vestidos con sus mejores atuendos confeccionados exclusivamente para los días de fiesta, se concentraban en los laterales de las calles dejando pasar el despampanante desfile de carruajes de la Corte que, en fila única, se dirigían hacia Puerto Zafiro para dar la bienvenida a su reino a los Reyes del país vecino, el Reino Feroz. Los más tímidos seguían el extraordinario desfile asomados en las ventanas de sus casas. Mas, el júbilo se hacía manifiesto en los rostros alborozados de los más pequeños, en las facciones animadas y relajadas de los adultos a causa de la excepción de un día completo de trabajo y en sus gestos de exaltación genuina cuando arrojaban a los pies de la carroza real una gran cantidad de monedas de oro y plata, pequeñas esmeraldas y pétalos dorados de girasol.

—¡Vivan los Reyes! ¡Viva la princesa Esmeralda! ¡Viva la Primavera!  
—gritaban emocionados desde los costados de las calles y las ventanas de las casas.

Con una bonita sonrisa perfilada en sus finos labios rosados, Zafiro saludó a un grupito de niños y niñas sonrientes que, con un ramillete de pequeños girasoles en la mano, se acercaban efusivos para entregárselo. Sin embargo, la carroza pasó muy rápido por su lado sin que la joven pudiera tender el brazo para recoger tan bonita ofrenda que,

evidentemente, iba dirigida a su hermana.

Zafiro pensó que la situación era irónica y hasta resultaba graciosa, pues al igual que ella había nacido hacía quince años en una noche de Solsticio de Invierno, su hermana Esmeralda había llegado al mundo dieciocho años atrás en una noche especial de Equinoccio de Primavera. Por este singular motivo y a causa también del carácter alegre y risueño de la joven, su larga y ondulada cabellera dorada como los ardientes rayos del Sol y sus profundos iris verdes, la primogénita era reconocida en el reino bajo el nombre de «Princesa de las Flores».

*«Esmeralda y Zafiro. Girasoles y lirios. Sol y Luna. Flores y nieve. Primavera e invierno...».*

Con estos pensamientos pesimistas que anteponían una barrera invisible entre su hermana y ella, la joven princesa se dio cuenta de lo diferente que ambas eran la una de la otra. Dos polos totalmente opuestos que, a su vez, se complementaban y necesitaban para existir...

La nostalgia volvió a invadir su corazón y su mente, y haciendo caso omiso a los vítores y aplausos de los ciudadanos que los veían desfilar, Zafiro se sumió una vez más en sus reflexiones.

El sueño que había tenido esa noche había sido muy vivido, casi real. Todavía podía oler los diversos aromas del Bosque que se disolvían en el viento nocturno; aún podía sentir el suave tacto de la tierra musgosa bajo sus pies descalzos. Pero sobre todo, podía sentir ese desgarrador dolor en el núcleo de su columna vertebral, esa lacerante aflicción en el centro de su espalda. Aún podía visualizar en su mente esos brillantes ojos verdes que la acechaban en completo silencio desde las sombras...

*«¿Por qué...? ¿Por qué sueño todas esas cosas? ¿Y por qué tengo que soñarlas yo? ¡Esos incomprensibles sueños no me dejan descansar en paz y al final me volverán loca, si es que no lo estoy ya! Estoy tan cansada...».*

Un suspiro se escapó de su pequeña boca. Se sentía exhausta, como si hubiera pasado toda la noche corriendo de verdad por el Bosque, siguiendo el rastro luminiscente de las traviesas luciérnagas que parecían burlarse de su torpeza y lentitud. Con la mejilla apoyada contra la palma de su mano derecha, Zafiro recordó en su mente aquella dulce melodía de sus sueños; la misma canción de cuna que había escuchado alguna vez en algún lugar cuando era un bebé. Observó el azul impoluto del cielo y, con la mirada perdida en el insondable horizonte se dedicó a imaginar que volaba por encima de las casas y los valles cuajados de joyas preciosas, que sus enormes alas translúcidas de libélula la elevaban por encima de las nubes hasta tocar las estrellas y fundirse en los siete colores del Arco Iris y que su vuelo se extendía más allá del lejano Oeste del Mar de

Cristal, donde se decía que la tierra firme acababa y la nada infinita se extendía en su máximo esplendor.

Una leve sacudida en su brazo la sacó de su ensimismamiento. Aturdida, la princesa parpadeó rápidamente en reiteradas ocasiones y desorientada miró a su alrededor. Unos ojos brillantes, similares a un par de esmeraldas, la observaban con preocupación y en el más absoluto de los mutismos.

Su corazón se aceleró, pues ya había visto esa mirada en algún lugar.

Cuando recobró la lucidez y obtuvo plena consciencia de dónde se hallaba, su campo de visión fue ocupado por el rostro de delicadas facciones de su hermana mayor, la princesa Esmeralda, quien la observaba acomodada a su lado izquierdo en el asiento de la carroza real. El porte de la muchacha aparentaba calma y tranquilidad, mas sus rojizos labios fruncidos y sus iris resplandecientes expresaban todo lo contrario.

—¡Esto es indignante! —gritó furibunda su madre, sentada frente a ella—. ¡Tú! ¿Cómo te atreves a dormirte así sin más en un día tan especial y en mitad de este significativo desfile? ¡Demuestra tener un poco más de respeto por tu familia! ¿Es que acaso quieres arruinarle el cumpleaños a tu hermana?

Zafiro dio un respingo en su asiento. Pese a la sobresaliente comodidad de los numerosos cojines y almohadones aterciopelados y esponjosos, la princesa se sintió horriblemente incómoda e indispuesta. Avergonzada, se removió en su puesto y, con un hilillo de voz se apresuró en responder.

—Por supuesto que no, madre. Yo... —titubeó, indecisa—. Yo sería incapaz de estropearle la fiesta a Esmeralda. Yo... Lo siento.

—Yo, yo, yo... —la imitó la reina, burlona. Su tono de voz era desagradable, cruel. Cuando terminó de reírse por su falta de elocuencia en la respuesta que le había concedido, la fémina recobró de nuevo su tono hiriente y dañino, y una vez más volvió a increparla—. ¡Como de costumbre, solo piensas en ti misma! ¿Qué lo sientes, dices? ¡Lo sientes! ¡Ja! ¡Eso es lo mejor que se te ocurre decir! ¡Esa es tu gran respuesta, tu *única* respuesta, a todos los problemas que causas! ¿Y a qué se debe esta vez? ¿Qué has hecho en esta ocasión? ¡Te estoy hablando, niña impertinente! ¡Responde!!

La menor de las hermanas sintió que el mundo se le venía encima, que el techo de la carroza real se desprendía de su estructura nacarada, se desmoronaba sobre ella y la aplastaba. De pronto notó que el espacio físico que existía entre sus padres y ella era increíblemente pequeño, reducido. La joven sintió que la tiara de plata con relucientes zafiros incrustados le pesaba mucho sobre la cabeza, y que las numerosas y

afiladas horquillas que recogían su entrenzado peinado se le clavaban en el cráneo, produciéndole un insoportable dolor. De repente el corsé le apretaba demasiado, constriñéndole las costillas, estrujándose sin piedad. Sus pulmones no recibían suficiente oxígeno, parecía que se había olvidado completamente del proceso de respiración. Todo empezó a darle vueltas. Su cabeza pesaba sobre sus hombros. Se sentía mareada, agotada; sin fuerzas para discutir ni para tan siquiera pronunciar una sola y mísera excusa.

Los segundos se sucedieron como longevas eternidades. Mas su padre, el Rey, se hallaba sumido como de costumbre en su perpetuo mutismo. Cabizbajo, con el cuerpo encorvado hacia delante, el gesto ausente y la vista perdida en algún punto de la moqueta dorada, el monarca parecía no escuchar las bruscas palabras de su esposa.

—¡Madre, te lo suplico! —exclamó Esmeralda, disgustada. Su voz sonaba atormentada, casi al borde de la desesperación—. ¡Zafiro no tiene la culpa de nada! Sé que no lo ha hecho a propósito. ¡Y además, acaba de disculparse!

—No te metas en esta discusión, querida Esmeralda —repuso la reina, alzando una mano para dar más énfasis a sus palabras—. Eres demasiado bondadosa y gentil, pero precisamente es esa bondad la que no te permite ser objetiva con tu adorada hermana. Zafiro ha pedido disculpas, lo cual significa que reconoce que ha hecho algo malo. De lo contrario, no tendría por qué haberse disculpado...

Una sonrisa perversa se hizo presente en sus carnosos labios rojizos tras haber pronunciado con deliberada alevosía aquellas taimadas palabras. Su ladina mirada de orbes grises que albergaban bravas tormentas y tempestades recorrió con plena satisfacción la figura temblorosa de la más joven de las princesas. Zafiro se revolvía en su sitio inquieta, sujetándose con ambas manos la cabeza y reprimiendo las constantes náuseas que afloraban desde lo más hondo de su estómago. A su lado Esmeralda la abrazaba, acariciando con dulzura su espalda y susurrándole al oído palabras repletas de ánimos y valentía.

—Débil, como siempre. Caprichosa y patética —escupió la mujer liberando una risita de suficiencia—. Sabía que no tardarías ni un segundo en perder la compostura. Siempre necesitada de palabras bonitas y abrazos consoladores porque no te atreves a reconocer lo sumamente egoísta que eres. ¡Oh, pero no llores! Vas a estropearte el maquillaje. Bendita sea tu doncella, que ha intentado por todos los medios hacer que parecieras hermosa. Pero a la vista está que solo eres una niña; una niña malcriada y ridícula.

—Roja, por favor... —musitó vagamente el Rey, saliendo por un breve instante de su burbuja de silencio. Su voz queda y carente de fuerzas

junto con sus palabras faltas de sentido y coherencia se disiparon en el aire.

—¡Silencio! ¡Tú no tienes ningún derecho a entrometerte en mis asuntos! ¡No después de lo que me hiciste! —le gritó la Reina, furiosa. El Rey volvió a encogerse sobre sí mismo y, sin variar el gesto abstraído de su semblante, de nuevo enfocó la mirada en la alfombra que cubría el suelo de la carroza. En ese momento, la dama fijó sus ojos de oscuros nubarrones en la silueta de la menor de las jóvenes, y le espetó una vez más—: ¡Vamos! ¡Tú, habla! ¡Di la verdad! ¡Di lo que has estado haciendo! ¡¿Por qué te has quedado dormida?! ¡Responde o...!!

—¡Tengo sueños!! —estalló al fin Zafiro con los ojos cristalizados a causa de las lágrimas que intentaba por todos los medios contener—. ¡Tengo sueños, horribles sueños que me acosan todas las noches! ¡Pesadillas! ¡Y van a volverme loca! ¡Sueño con el Bosque Encantado, con volar...! ¡Y no dejo de escuchar en mi cabeza una triste melodía que se repite sin parar a todas horas! ¡Tengo miedo, mucho miedo...! ¡Y no sé a quién decírselo! No sé con quién puedo hablar, quién me va a escuchar... ¿Quién me va a entender? ¡Pero sé que necesito ayuda, madre! ¡Lo que me sucede no es normal! ¡Necesito vuestra ayuda, por favor...! ¡Os lo suplico...!

Mas, los ruegos de la joven fueron bruscamente interrumpidos.

De pronto, la carroza real se detuvo con un violento frenazo y sus ruedas emitieron un agudo chirrido desagradable contra los adoquines empedrados del pavimento. El resto de carruajes donde viajaban los nobles de la Corte del reino también se paralizaron de manera abrupta. La música alegre que animaba el desfile cesó. En la calle comenzó a levantarse un gran revuelo, y pronto llegaron a los oídos de la Familia Real multitud de gritos amenazadores, exclamaciones de asombro y enfado, insultos y provocaciones.

—¡Asesinos! —gritó una voz masculina no muy lejos del carruaje—. ¡Maldita escoria real! ¡Malnacidos!

En ese momento, algo duro impactó contra la carroza. El proyectil lanzado no parecía ser demasiado grande ni peligroso, pero ese inapropiado y malintencionado gesto que atentaba contra la seguridad y dignidad de la Familia Real bastó para que el Rey llamara la atención de los guardias. En cuestión de segundos, un sinnúmero de Guardias Reales montados a caballo acordonaron la zona y se aglomeraron en torno a la carroza. Subidos en sus monturas, desenvainaron sus espadas y apuntaron con ellas a aquellas miserables personas que osaban interponerse en el camino de los Reyes y sus hijas e interrumpir el magnífico desfile de carruajes.

Zafiro aprovechó la conmoción del momento para acercar su rostro a la ventanilla de la carroza y asomar la cabeza con disimulo. Con suma curiosidad observó la dramática escena que se estaba llevando a cabo ante sus ojos.

Delante de su carruaje y a escasos metros de distancia se hallaba un pequeño grupo de cinco personas adultas que, unas al lado de otras, formaban una barrera humana en mitad del camino para cortarles intencionadamente el paso. Ese reducido colectivo vestía con extraños y llamativos ropajes, aunque lo que más atraía la atención eran los enormes capuchones que cubrían sus cabezas. Aquellos individuos extravagantes alzaron sus rostros y, con un rudo gesto, se retiraron las voluminosas capuchas que sumían sus semblantes en tinieblas. Unas extraordinarias máscaras de animales cubiertas de exóticos adornos y abalorios ocultaban sus rostros humanos.

Con sorpresa y fascinación, Zafiro pudo distinguir en aquellos antifaces las encarnaciones de un oso, un ciervo, una liebre, una serpiente y un cuervo.

—¡Malditos usurpadores! —bramó una potente voz femenina cuyo cuerpo parecía estar situado en el centro de la cadena humana. Su máscara de serpiente se agitó contra su rostro a causa de los gritos que profesaba—. ¡Vuestro reino es una pérfida y vil abominación! ¡Vuestro reinado es una farsa y cruel mentira! ¡Desvelad la verdad! ¡Esta ciudad, este suelo que pisáis..., es un cementerio! ¡Esos diamantes de los que tanto alardeáis y que os representan están manchados de sangre! ¡De la sangre de las hadas que despiadadamente asesinasteis! ¡Que la maldición de la Reina Titania recaiga sobre vosotros y todos vuestros descendien...!

En ese justo instante el Rey pareció despertar de su sueño y, con un furioso alarido de ira, gritó una orden a sus guardias, los cuales se abalanzaron contra el misterioso grupo de fanáticos delirantes. Antes de que acabara su discurso, una espada alcanzó a la mujer portadora del antifaz de serpiente y de un brusco gesto éste le fue arrebatado de su rostro. La máscara salió despedida por los aires, cayó y rodó en un lateral de la calle donde se hallaba un grupo de pueblerinos.

Entonces, un escalofriante grito de terror de uno de los soldados resonó por la calle. Enseguida se le sumaron a él los murmullos y las exclamaciones de sorpresa y horror de los ciudadanos. Pues debajo de esa máscara, donde se suponía que tenía que haber un rostro... no había absolutamente nada.

—¿Qué... qué está sucediendo? ¿Qué es eso?

—¿Magia...?

—¡Es magia de las hadas! ¡Existen...!

—¡Corred, vayámonos de aquí!

—¡Es peligroso...! ¡Huid! ¡Esconded a los niños o se los llevarán...!

Pronto se levantó un gran tumulto entre los ciudadanos. Ciudad de Diamantes se hallaba al borde del pánico. Sus habitantes empezaron a correr desesperados por las calles llamando a gritos a sus hijos, apartándolos del bullicio y de la siniestra escena que todos acababan de presenciar.

—¡¡NO!! ¡Maldita sea, esto se está descontrolando! ¡Matadlos, soldados inútiles! ¡Matad a esos desgraciados, matadlos a todos y que no quede ni uno vivo!! —aulló colérico el Rey con el rostro enrojecido de la ira y las venas de su cuello hinchadas, a punto de explotar.

Los guardias acataron la inflexible orden de su monarca. Con numerosos mandobles de sus espadas despojaron a aquellas criaturas de sus máscaras, desvelando así más figuras sin rostro.

—¡Viva la Reina Titania! —proclamaban entre risas estridentes, grotescas.

Con violencia las siniestras figuras fueron atravesadas por decenas de largas y afiladas espadas. Mas, era similar a luchar contra el vacío o la nada, pues las armas de los soldados no consiguieron tocar ningún contorno sólido más allá de los extraños atuendos. Una a una, las misteriosas siluetas enfundadas en capas fueron desplomándose en el suelo con la misma ligereza y suavidad que una fina pluma caída del cielo.

Una última figura quedaba en pie. A través de su máscara de ciervo, una mirada vacía de ojos etéreos como el viento se posó sobre el conjunto de la aterrada Familia Diamond, quienes contemplaban horrorizados el bizarro acontecimiento desde el interior de la carroza. Entonces una profunda voz masculina surgida desde las tinieblas de su capa pronunció con vehemencia:

—Vuestro tiempo se agota.

Dos soldados de la Guardia Real se arrojaron contra el misterioso encapuchado y lo atravesaron con su espada. En ese instante, la capa se desplomó contra el suelo sin emitir ni un solo sonido. Por ordenes del Rey los guardias se acercaron a las siluetas tendidas en el terreno y, con un rápido gesto, apartaron las capas que las envolvían. La sorpresa fue notoria y las exclamaciones de desconcierto y estupor no tardaron en

llegar a los oídos de Zafiro.

Pues bajo esas vestimentas y caperuzas, no había nadie. Ningún cuerpo, ninguna figura humana..., solo aire.

—¡Magia...! —gritaban estupefactos algunos de los pueblerinos que, pese al horror, se habían quedado rezagados a contemplar la escena.

Lo que sucedió después de aquel drámatico acontecimiento resultó verdaderamente confuso para todos, pero en especial para Zafiro. La envolvía una caótica situación en la que los Guardias Reales trataban por todos los medios de contener y tranquilizar a la población, su hermana se había acercado a los niños más pequeños para intentar animarlos y calmarlos, y los Reyes habían salido también de la carroza para comprobar el estado anímico de los nobles que los acompañaban e inspeccionar los restos de aquellas capas y máscaras.

Aprovechándose de esa enmarañada tesitura, la joven bajó con dificultad de la carroza y, apoyándose en ambas muletas, revisó los adoquines del terreno con la mirada.

Cuando por fin halló aquello que deseaba encontrar, comprobó que ninguna persona de su alrededor la estuviera observando y se arrodilló en el suelo con una rapidez insólita para una muchacha que no hace muchos días atrás sufrió una grave caída y un doloroso esguince.

Zafiro alargó el brazo y, con un rápido movimiento, recogió el misterioso proyectil que había sido lanzado por aquel grupo de extraños. Al principio, por su dureza y tonalidad rojiza, la joven pensó que se trataba de un tomate. Pero cuando lo examinó de cerca entendió, aterrorizada, cuán equivocada estaba.

Lo que sostenía en la mano era un diamante...

Un diamante empapado de sangre.

JUSTADO EL CAPÍTULO VOTA, C  
Y COMPARTE

*¡Gracias por leer!*





# CAPÍTULO 5

## Los Cuatro Reinos



### **CAPÍTULO 5**

#### **LOS CUATRO REINOS**

□□álida brisa marina agitó los mechones oscuros del cabello de Zafiro, haciéndolos revolotear alegremente en el suave viento de Levante. La joven se pasó una mano por el cabello, recolocando tras sus pequeñas orejas cuajadas de perlas relucientes aquellos traviesos hilos de ébano que se habían liberado de las brillantes horquillas de plata que sujetaban, y a su vez adornaban, las numerosas trenzas que componían su complejo peinado.

Los muelles de Puerto Zafiro bullían en plena actividad diurna. Era notorio que se había producido un descenso considerable en el número de labores diarias que allí se realizaban a esas horas avanzadas de la mañana; si bien el ambiente era más animado, jovial y ajetreado que de costumbre. El trabajo usual de los marineros y pescadores había sido modificado ese mismo día por el de despejar la zona de anclaje de embarcaciones, ya que muy pronto ésta sería nuevamente ocupada por los tres grandes navíos que lentamente se aproximaban desde los Reinos extranjeros situados

más allá del Mar de Cristal, en tierras del interior del continente.

Zafiro cambió el peso de su cuerpo de una muleta a otra. Estar tanto tiempo de pie y expuesta bajo los intensos rayos del último Sol de invierno le resultaba desmesuradamente molesto. Su vaporoso vestido azul celeste ribeteado de encajes blancos y repleto de diminuta pedrería plateada, abrigaba y pesaba demasiado. Además, ese horroroso corsé le estaba destrozando las costillas y la columna vertebral. Incluso temía que, en cualquier momento, le cortara la respiración y la asfixiara. Cada vez que la rígida tela acariciaba el par de las casi invisibles cicatrices de su espalda, la joven contenía un lánguido gemido de malestar.

Distraída, fijó su cristalina mirada en el insondable mar azul, aquel cuyas apacibles aguas se fundían en algún lejano punto con el inalcanzable horizonte. ¿Qué mundos abisales se ocultaban bajo aquel angosto fondo marino? ¿Qué habría más allá de la delgada línea que separaba el profundo océano del inescrutable firmamento? Esas eran algunas de las innumerables preguntas que, a veces, se planteaba mientras se hallaba encerrada tras los gruesos muros de su palacio de marfil y plata.

El mundo exterior le fascinaba. ¡Estaba repleto de misterios! Mas, en muy pocas ocasiones había tenido la oportunidad de salir del gran castillo, atravesar sus murallas cuajadas de diamantes y esmeraldas, cruzar la transitada ciudad y adentrarse en un bonito paraje como éste. Única y exclusivamente, podía contemplar el puerto y el mar desde el enorme ventanal de su alcoba. ¡Ah, pero no era lo mismo observar de lejos ese bello panorama que presenciarlo de cerca, siendo partícipe y cómplice del grave rumor de las olas al romperse contra la orilla, la suave fragancia salada que trasportaba el viento impregnado con la esencia marina del océano, el alegre trino de las gaviotas que revoloteaban entusiasmadas sobre la líquida superficie, y la burbujeante espuma de mar portadora de diminutos tesoros brillantes extraídos desde lo más profundo de sus aguas!

Y fue en ese mismo instante cuando Zafiro se convenció de que algún día sería libre, como las gaviotas que sobrevolaban los mares del Sur. Algún día ella misma sería dueña y capitana de un barco, y con ese maravilloso navío de ensueño surcaría los mares descocidos que se ocultaban al Oeste del continente... ¡Incluso navegaría sobre las gélidas aguas que bordeaban el Reino del Norte, aquella misteriosa tierra inhóspita y desolada que desde hacía centenares de lunas se hallaba sumida en una glaciación eterna!

Como si acabara de despertar de un trance embriagador, la joven princesa volvió a la realidad. El ruido y ajeteo de los marineros y las risas de la Corte, la habían desvelado de aquella bella ensoñación.

A su alrededor, los miembros de la Corte se aglutinaban en pequeños grupos de cuatro o cinco personas, cuyas excitantes conversaciones cuajadas de alegres exclamaciones y risas llegaban a oídos de la doncella.

Observando las excentricidades del entorno que la rodeaba, la muchacha pudo distinguir a su derecha y a varios metros de distancia de donde se hallaba, a su preciada hermana mayor acompañada de su severa madre. Esmeralda había abandonado su actitud risueña y optimista, pues sus delicadas facciones solo mostraban seriedad y solemnidad. Con leves inclinaciones de cabeza, la primogénita asentía con pesar a cada oración que la Reina pronunciaba con ímpetu; mas desde aquella alejada posición, Zafiro no pudo distinguir tales apasionadas palabras. Apartado de ambas féminas, el Rey se encontraba sumergido en una seria conversación con el Capitán de la Guardia Real y otros dos soldados de elevado rango. Su porte, a pesar de ser adusto, parecía aislado de la realidad; absorto en sus propios pensamientos.

La princesa suspiró, inquieta. Desde que habían abandonado las calles principales y atravesado la Plaza de la Fortuna, un espeso silencio se había apoderado de las cuatro personas que viajaban en el interior de la carroza real. Después del dramático acontecimiento que había protagonizado un extraño grupo de cinco misteriosos encapuchados, ningún miembro de su familia había vuelto a pronunciar palabra durante el resto del trayecto. Sin embargo, una densa atmósfera repleta de turbación se había apoderado de los ánimos de sus parientes, pues las facciones de sus padres se mostraban rígidas de rabia, ira e impotencia. Desde ese momento, el matrimonio desvió la vista a través de las ventanillas del carruaje y no volvieron a cruzarse ni una sola mirada más. Incluso la tez de Esmeralda había empalidecido y, nerviosa, había bajado su mirada hacía la falda de su impresionante vestido dorado.

La fiesta se había reanudado y el desfile había continuado celebrándose en la ciudad, pero el ambiente se notaba incómodo..., tenso. Tras aquel inesperado suceso, muchos ciudadanos se habían retirado de las calles, las avenidas e incluso, de los comercios. La mayoría de las buenas gentes que poblaban Ciudad de Diamantes había huido con sus hijos y se habían refugiado en sus respectivos hogares, temerosos a la magia de esas trastornadas entidades sin nombre ni rostro.

*«¡Sus rostros...!»* pensó Zafiro, mordiéndose el labio inferior con escepticismo. *«Esos seres..., esas criaturas llevaban unas estrafalarias máscaras de animales exóticos que ocultaban sus caras... Pero debajo de ellas, ¡no había nada ni nadie! Los guardias no han podido encontrar ni un solo cuerpo tras esas capas y ropajes... ¿Será cosa de magia? ¿De la magia... de las hadas?»*.

¡Pero no podía ser, de ninguna manera! Porque, según las historias que se contaban en el Reino, las hadas se habían extinguido hace mucho tiempo. ¡Hacía infinitos ciclos lunares que ningún ser humano había visto o conversado con una de esas diabólicas criaturas feéricas! Los seres del Bosque Encantado eran malvados, perversos... ¡crueles! O al menos, eso era lo que afirmaba la historia oficial que se había implantado en el Reino de Calenda y que aparecía en todos esos aburridos libros de Historia de Ciudad de Diamantes que la septa Topacio le obligaba a estudiarse.

Mas, en el gran libro verde de cuentos que poseía su hermana mayor, las hadas y todas las criaturas mágicas que convivían en el frondoso paraje natural se presentaban como seres benignos, amables, bondadosos y rebosantes de luz... Criaturas pacíficas que se mostraban ante los humanos en los lugares más inesperados y recónditos y en los momentos más ansiados y necesitados por éstos, con el objetivo de ayudarles a solventar sus problemas y facilitarles el camino hacia la felicidad eterna.

*«Y vivieron felices y comieron perdices...»* Zafiro recordó las palabras que se repetían como un mantra al final de todos los cuentos. *«Pero, ¿por qué perdices...?»*.

En ese momento se dio cuenta de que, una vez más, había dejado volar su imaginación y ya se hallaba divagando. ¡Cómo de costumbre! Sus alocados pensamientos no iban a llegar a ninguna conclusión clave que estableciera un poco de claridad en ese asunto tan ambiguo que su propia mente había creado y desarrollado con una facilidad asombrosa. Todas sus pesquisas estaban fuera de lugar cuando se trataba de razonar algo fantástico..., algo que no podía —ni debía— existir; al menos según la Ciencia y los Decretos que proclamaban los Doce Miembros del Capítulo junto con la propia memoria histórica del país.

Declarar lo contrario a dichas afirmaciones establecidas en el Reino e impuestas por su Rey, estaba penado con prisión perpetua. Y en el peor de los casos, dependiendo de la gravedad de la alegación, incluso se podía ejecutar la pena de muerte.

Por ese motivo, el libro de cuentos de hadas que escondía Esmeralda era peligroso. Zafiro no quería ni imaginarse lo que les ocurriría si algún día las descubrían con él en las manos, leyendo sus entramadas historias que poco tenían que ver con la realidad que en el Reino se contaba. ¿Cómo reaccionaría el Rey en tal caso? ¿Sería capaz de encarcelar o ejecutar a sus dos hijas...?

*«El Sol me está afectando demasiado. ¡Está claro que la luz y el calor no son buenos para mí!»*.

La Familia Real de la Casa Diamond y todos los miembros de la Corte incluyendo aristócratas, nobles de primer y segundo rango, criados,

servientes y doncellas, llevaban quince minutos de reloj exactos esperando a que el famoso barco de la Familia Real del Reino Feroz enterrara sus anclas en Puerto Zafiro. El exuberante navío ya había bordeado Isla Zafiro y se hallaba a escasos metros de llegar a los muelles de Costa de Marfil. Desde esa distancia se podía vislumbrar la bandera roja que ondeaba enérgicamente al viento y el emblema de su Casa Real, el cual representaba un enorme león dorado de tres cabezas rugiendo.

Muy pronto desembarcarían de ese enorme velero el Rey Escarabajo y la Reina Mantis, acompañados de sus tres hijos: el príncipe León, la princesa Osa y la pequeña Colibrí.

Más allá, en la lejanía, se distinguían otros dos barcos de colosales dimensiones. Uno de ellos portaba el estandarte verde y el emblema plateado de la Flor de Loto en su centro, lo cual significaba que la Familia Real del Reino Vegetal viajaba en él. Un poco más lejos se distinguía otro navío cuya bandera reflejaba todos los colores del Arco Iris. Una corona negra de siete puntas se perfilaba en mitad del diseño multicolor de su estandarte. Eso demostraba que la Familia Real del Reino Coloreado era la última en cerrar la fila de gloriosas embarcaciones.

—¡El príncipe Azul! ¡Va a venir el príncipe Azul! —exclamó una aguda voz femenina cerca de Zafiro. La joven princesa no necesitó buscar a la dueña de esa voz cuajada de falso entusiasmo y melodrama para saber que se trataba de Amatista, una de las amigas favoritas de su hermana—. ¡Qué emoción! ¡Ojalá se fije en mí en esta ocasión! Amigas mías, ¿estoy hermosa? ¿Creéis que le gustaré? ¡Ah, pero qué emoción...! ¿No es maravilloso? ¡Va a venir el príncipe Azul...!

Zafiro alzó la vista, sorprendida ante tal escandalosa declaración, y dirigió su mirada de mar hacia el torbellino de cuchicheos que se estaba empezando a gestar muy cerca de ella. A siete pasos de distancia, las chismosas amigas de Esmeralda conversaban en voz baja para que nadie las escuchara..., excepto ella. Por supuesto. Cuando tres pares de ojos femeninos dirigieron sus taimadas miradas hacia su frágil silueta y sus labios se curvaron en unas socarronas sonrisas, a la muchacha no le quedó duda alguna de que muy pronto ella misma se vería afectada por los comentarios malintencionados de esas tres desagradables cotillas.

La joven princesa pensó que si la septa Topacio hubiera escuchado esos descarados comentarios elaborados sin tapujos acerca del príncipe Azul del Reino Coloreado, se hubiera enfadado y habría reprendido a las tres doncellas de alta alcurnia. Pues era bien sabido en todo el continente de Utopía que el príncipe Azul estaba comprometido desde que era un niño con la princesa Nenúfar, del Reino Vegetal. Así que mostrar ese tipo de opiniones tan desacertadas quedaba muy fuera de lugar.

Mas la septa Topacio allí no se hallaba, por desgracia, y las tres jóvenes continuaron tejiendo sus maliciosos chismes. Zafiro sabía que Amatista, la más pequeña de edad que conformaba el grupito de amiguitas de su hermana, estaba perdidamente enamorada del príncipe Azul desde la primera vez que éste visitó Ciudad de Diamantes. Sin embargo, por motivos obvios, ese amor era imposible. Azul estaba predestinado con Nenúfar desde la tierna infancia y, cuando el Destino intervenía en una unión legítima era imposible huir de él y romper esa conexión que los enlazaba.

«*Pero Amatista no es la única doncella a la que le gusta el príncipe Azul...*» se lamentó la princesa, pues el joven de rizados cabellos dorados tenía muchas admiradoras secretas que bebían lo vientos por él. Y en ese grupo de enamoradas damiselas se encontraba la propia Zafiro. «*iPero es imposible que él se fije en mi! Yo... no soy nada. ¡Y él es demasiado galante y cortés, y nunca traicionaría de esa manera tan ruin la confianza de Nenúfar! Además, la princesa del Reino Vegetal es muy agradable, así que yo tampoco sería capaz de engatusar a su prometido... ¡No sería correcto! ¡Ah, pero Azul tiene tantas admiradoras...! Como la bella Amatista...».*

—¡Estás espléndida, Amatista! Hoy luces realmente hermosa, pues ese fantástico vestido combina muy bien con el magnífico color violáceo de tus ojos —comentó en voz demasiado alta una de las doncellas de alta alcurnia, Perla, mientras miraba a Zafiro de reojo para asegurarse de que ésta hubiera escuchado ese derroche de exagerados cumplidos.

—¡Perla tiene razón! —intervino Jade, la hermana menor de la aludida. Y alzando todavía más el volumen de su entonación, añadió—: ¡Estás preciosa! Y si por extraños azares del Destino el príncipe Azul no cae rendido ante tus evidentes encantos femeninos, no dudes en que mi preciada hermanita y yo intervendremos para destrozar su lamentable romance impuesto con la *princesucha vegetal*. De esta manera, itú tendrás vía libre! Y entonces, se enamorará perdidamente de ti.

—¡Eso es! ¡Ninguna noble ni princesa extranjera o *local* es competencia para ti, querida Amatista! —apostilló Perla, vocalizando lentamente cada una de sus palabras mientras echaba miraditas furtivas en dirección a Zafiro—. Y cuando caiga profundamente enamorado de ti, ise celebrará una gran boda que dará mucho de qué hablar durante bastante tiempo en los Cuatro Reinos de Utopía! ¡Hasta los salvajes de las tierras del Este se enterarán de vuestro apasionado enlace! Os casareis y tendréis apuestos hijos y hermosas hijas... ¡Y viviréis felices y comeréis perdices para siempre!

Las tres jóvenes estallaron en forzadas carcajadas ruidosas, estridentes hasta tal punto que varios miembros de la Corte detuvieron sus

quehaceres para observarlas, perplejos, durante un breve instante.

«*iMenudo trío de ridículas! No las aguanto... ¿Estarán tramando alguna travesura?*» se alarmó la muchacha, pues esas tres chicas nunca ideaban nada bueno. ¿Y si en esta ocasión involucraban a los príncipes extranjeros en sus absurdas fechorías?

Zafiro se llevó una mano a la cabeza, pues empezaba a sentir terribles punzadas de dolor. El Sol era demasiado potente y deslumbrante para ella, y no se encontraba a gusto expuesta ante sus intensos rayos. Además, los gritos desorbitados de aquellas repelentes aristócratas se le estaban clavando en el cráneo.

—Princesa, ¿se encuentra bien? ¿Está mareada? —preguntó su doncella personal, Ámbar, con esa particular vocecilla implícita de nerviosismo e inquietud que tanto la caracterizaban.

Desde que había arribado a los muelles y bajado de su carruaje, Ámbar se había posicionado al lado de la princesa y le había ofrecido su ayuda. Con una mano sostenía un enorme parasol blanco de encajes bordados con zafiros, el cual protegía a la joven de piel delicada de los intensos rayos dorados del astro solar.

—Oh, yo... —balbuceó Zafiro, con los pensamientos volando lejos de las preocupaciones de su servicial doncella, y más próximos en los brillantes ojos celestes de su amor platónico—. ¡Qué va! Esto..., quiero decir, ¡iejem!, que... Estoy bien... Algo cansada, tal vez... Pero no es necesario que te preocupes, Ámbar.

—¿Está segura, princesa? Sabe que la luz del Sol tiene efectos negativos en su cuerpo si se expone ante el astro durante demasiado tiempo... —Con recelo, la doncella se aproximó más a Zafiro y la sostuvo del brazo, temerosa de que en cualquier momento la joven se desvaneciera en la arena. Y con un rictus de profundo desasosiego perfilado en sus finas facciones, agregó en voz baja—: ¿Su semblante distante se debe a que todavía está pensando en aquel sueño...? Sabe que puede confiarme cualquier cosa, mas no debe sofocarse ni abrumarse de esa manera tan dura. Su cara está roja...

—No se tratan de mis sueños, Ámbar —chistó Zafiro con el mismo tono de voz, a la vez que intentaba calmar sus aceleradas pulsaciones, las cuales se habían disparado repentinamente al pensar en el apuesto rostro del príncipe—. Hoy es el día especial de Esmeralda, así que voy a olvidarme un poco de esas molestas ensoñaciones y a disfrutar de la fiesta al máximo... ¡Como es debido! Eso, si las cacatúas de al lado no terminan agotando mis nervios...

Como activadas por el resorte de un siniestro mecanismo, las tres aristócratas giraron la cabeza a la vez y enfocaron sus ladinas miradas en el rostro estupefacto de Zafiro.

—¿Te crees muy lista, verdad? Crees que eres mejor que nosotras, pero presta atención: ¡no eres nadie! Aunque seas una princesa rodeada de lujos, comodidades y exclusivos beneficios... ¡no eres nada! ¡Solo una niña mimada, torpe y tonta! —le espetó airada Perla, la mayor de las tres féminas que componían ese extravagante grupito. Sus ojos plateados y rojos labios destacaban sobre su tez pálida y contrastaban con su largo y oscuro cabello, que ondeaba libre al viento.

—¡Exacto! —la secundó su hermana menor, Jade. Sus ojos de un peculiar tono gris verdoso, relampaguearon con rabia. La joven se llevó una mano a su larga cabellera castaña y enrolló un dedo en uno de sus numerosos tirabuzones—. ¡No tienes ningún talento! Y... ¡ni siquiera eres hermosa! De hecho, ¡eres la más fea de todas las princesas de los Cuatro Reinos! ¿Qué clase de hombre podría amar a una doncella tan espantosa y desastrosa como tú?

—Eres... ¡horripilante! —exclamó Amatista, con una cruel sonrisa en sus labios rosados. La menor de las amigas era sin duda la más llamativa, pues sus intensos iris que oscilaban entre el azul y el violeta, le concedían una apariencia extraordinaria. Además, su larga melena oscura adquiría tonalidades violetas y moradas si era iluminada por la luz de la Luna o las estrellas.

—¡Eso no es verdad! Yo... ¡intenté mejorar! —se defendió Zafiro, molesta ante semejantes acusaciones—. Además, ¡no sé por qué habláis siempre tan mal de mí! ¡No os he hecho nada!

—¿Qué no...? —se burló Jade, y con maldad, escupió—: ¡Sabemos que te gusta el príncipe Azul! ¡No lo niegues! ¡Y sabemos también que estás urdiendo una vil artimaña para engatusarlo y seducirlo, a pesar del Destino! ¡Está claro que nada te importa; ni el Destino, ni el príncipe Azul, ni la princesa Nenúfar, ni los sentimientos de la gente que te rodea o las Leyes Divinas de los Reinos!

—¡Eso no es cierto!! ¡Es increíble...! ¡Pero si sois vosotras las que estáis planificando un perverso plan para alejar a Azul de Nenúfar, y que él se sienta atraído por Amatista! ¡Sois vosotras las que no respetáis el Destino, ni nada! —estalló Zafiro, cada vez más enfadada. ¡Era sorprendente la cantidad de mentiras que ese trío de arpías era capaz de soltar! ¿Es que acaso querían confundirla?

Ante aquellos desorbitados gritos de impotencia y, temiendo acaparar la atención de la Corte, las tres doncellas se acercaron a Zafiro. Amatista avanzó un paso más y extendió sus brazos hacia los hombros de la

princesa, como si quisiera darle un emotivo abrazo.

—Mi dulce amiga... —sonrió, gentil. Entonces, sus iris se tornaron completamente violetas y el tono tierno de su voz cambió a otro más amargo..., casi amenazante. Y, cuando comprobó que nadie la estaba escuchando, le susurró al oído—: Aléjate de Azul. Él es mío. Y si te atreves a interponerte entre nosotros o a contarle a alguien acerca de esta conversación o la anterior..., ¡en fin! Imagínate lo que te pasará. Por cierto, ¡me llevo ésto!

Cuando se separó de la joven princesa, Zafiro vio cómo Amatista agitaba entre sus dedos una de las horquillas de plata que sujetaban su complejo entrenzado. ¡Se la había quitado de la cabeza en ese mismo instante! Con una sonrisa diabólica, la aristócrata escondió rápidamente la horquilla entre los pliegues de su vaporoso vestido púrpura.

—Sé una buena chica, *princesita*... —musitó Perla, burlona—. No queremos que *mamá Reina* se enfade, ¿verdad?

Y así, dejándola con la palabra en la boca, las tres doncellas se alejaron riéndose.

Ámbar había presenciado aquella desagradable escena, pero a pesar de estar allí presente, parecía que el trío de aristócratas no había reparado en ella..., ¡como si fuera invisible! De todas formas, era una simple sirvienta. No podía intervenir en asuntos ni discusiones de los nobles, ni siquiera cuando se burlaban o increpaban a la princesa de la cual se hacía cargo. Suspiró, desolada. ¡Ojalá pudiera hacer algo más...!

Zafiro lanzó una última mirada al grupito de doncellas que, en esos momentos, se encontraban riendo junto a su hermana... Posiblemente, la estarían halagando y elogiando de más, haciendo comentarios superficiales sobre su maravilloso vestido, su fantástico maquillaje y su magnífico peinado. Desde el lugar donde se hallaba, la joven podía escuchar sus desafinados gritos y superfluas exclamaciones entusiastas.

—El príncipe Azul *nunca* se fijará en ninguna mujer... —comentó Ámbar, de pronto, con una traviesa sonrisa dibujada en los labios. Sus ojos dorados, fijos en las siluetas de las jóvenes damiselas, se iluminaron con un extraño brillo—, ... como ellas —añadió rápidamente tras contemplar el ceño fruncido de Zafiro, inquisitivo.

La princesa asintió alegremente y dejó escapar un suspiro de alivio. ¡Con tan solo un comentario de su doncella, ya había vuelto a recuperar los ánimos! Pero pronto la calma llegó a su fin, pues el Sol se vio opacado por una terrible silueta. La figura de su madre se alzaba de repente frente a ella. ¿Cuándo había llegado...? ¡Si tan solo hacía unos minutos que la

había visto al lado de su hermana!

—¡¡Tú!! —La Reina señaló con un rudo gesto a Ámbar, quien se encogió en su sitio, nerviosa—. ¡Doncella! ¡¿Acaso no te has dado cuenta de que *tu princesa* está despeinada?! ¡Con todos esos horribles mechones de cabello revoloteando por el aire, a su antojo...! ¡Parece una vulgar zagala! Quiero que ahora mismo le recojas todo el cabello, ¡y que no quede ni un solo pelo suelto! Ponle más horquillas, ¡¡clávaselas en la cabeza hasta enterrárselas en el cráneo si es necesario!! Pero que no quede ni un solo mechón de cabello fuera de su maldito lugar. ¡¿Me he explicado bien?!

—Perfectamente, Majestad... —murmuró Ámbar, todavía sobresaltada, recolocándose la cofia hasta las orejas mientras que revolvía entre los numerosos bolsillos de su delantal en busca de un peine y horquillas.

—¡¡Y en cuanto a ti, niña!! —rugió la Reina, centrando esta vez su atención en Zafiro—. Hoy es el día de Esmeralda, ¡¿entiendes?! Así que como se te ocurra fastidiarlo y aguarle la fiesta con alguna de tus estupideces de niña, ¡que sepas que me encargaré personalmente de imponerte tu merecido castigo! ¡¿Me oyes?! Te encerraré en el mísero cuartucho de la torre más alta del castillo, ¡y tiraré la llave al mar! Justo lo que tendría que haber hecho hace mucho tiempo... Así que ya sabes lo que tienes que hacer. ¡Compórtate! Que parezca que estoy orgullosa de ti. ¡Y sonríe, maldita sea, sonríe!

Tras finalizar su riguroso discurso, la Reina lanzó una mirada fulminante a la joven princesa, y con un chasquido de lengua repleto de desdén, se alejó a grandes zancadas de allí, arrastrando su despampanante vestido rojo sobre la arena. Pronto empezó a increpar a los demás sirvientes y a gritar órdenes a los guardias.

Pero a Zafiro eso ya no le importaba. Porque ella estaba contenta, alegre, *¡feliz...!* Ese era un día muy especial para su hermana y lo celebraría junto a sus afectivos padres y apreciadas amigas. Además, su madre amaba a sus dos hijas, sin distinciones ni preferencias o favoritismos. La Reina estaba muy orgullosa de su hija menor; la acababa de halagar y felicitar por su buen comportamiento... ¡Los otros Reyes deberían ser conocedores de esos bonitos sentimientos de amor y respeto que se profesaban madre e hija!

Así que se irguió al máximo en su sitio y, simulando un porte regio, enderezó la espalda, estiró el cuello, alzó la cabeza, fijó la vista al frente del insondable mar azul y sonrió como nunca antes lo había hecho. Sonrió, rebosante de una felicidad imaginaria, mientras que una lágrima rebelde de profunda tristeza y amarga desdicha resbalaba por su bonito rostro y se fundía con la luz del Sol de mediodía.

JUSTADO EL CAPÍTULO VOTA, C  
Y COMPARTE

*¡Gracias por leer!*

